

2011-01-01

# La taquillera

Hector Hugo Montero

*University of Texas at El Paso*, humo27@yahoo.com

Follow this and additional works at: [https://digitalcommons.utep.edu/open\\_etd](https://digitalcommons.utep.edu/open_etd)



Part of the [Latin American Literature Commons](#)

---

## Recommended Citation

Montero, Hector Hugo, "La taquillera" (2011). *Open Access Theses & Dissertations*. 2546.  
[https://digitalcommons.utep.edu/open\\_etd/2546](https://digitalcommons.utep.edu/open_etd/2546)

This is brought to you for free and open access by DigitalCommons@UTEP. It has been accepted for inclusion in Open Access Theses & Dissertations by an authorized administrator of DigitalCommons@UTEP. For more information, please contact [lweber@utep.edu](mailto:lweber@utep.edu).

LA TAQUILLERA

HECTOR HUGO MONTERO-QUINTERO  
Department of Creative Writing

APPROVED:

---

Johnny Payne, Ph.D. Chair

---

José De Piérola Ph.D.

---

Sandra Garabano Ph.D.

---

Patricia D. Witherspoon, Ph.D.  
Dean of the Graduate School

Copyright ©  
by  
Hector Hugo Montero-Quintero  
May 2011

## DEDICATION

A mi familia y a mis profesores de la Maestría que fortalecieron mi búsqueda y curiosidad. A Johnny Payne por aclarar el camino de aprendizaje.

LA TAQUILLERA

by

HECTOR HUGO MONTERO-QUINTERO

THESIS

Presented to the Faculty of the Graduate School of

The University of Texas at El Paso

in Partial Fulfillment

of the Requirements

for the Degree of

MASTER OF FINE ARTS

Department of Creative Writing

THE UNIVERSITY OF TEXAS AT EL PASO

May 2011

## TABLE OF CONTENTS

TABLE OF CONTENTS.....	V
INTRODUCTION.....	1
REFERENCES.....	13
DISCOGRAFÍA.....	15
FILMOGRAFÍA(MÉXICO).....	16
OTRAS PELÍCULAS.....	17
LA TAQUILLERA.....	18
VITA.....	112

## INTRODUCTION

### **La seducción**

La idea de escribir *La taquillera* nació cuando oí de una mujer que vivía encerrada en su casa, sólo viendo películas mexicanas, y a sus cincuenta años acababa de perder la virginidad. Al principio quise saber más, pero después en cada recuerdo, en muchas calles de Bogotá encontré varios espejos de una realidad social: desde los años treinta y casi hasta los ochenta, en diversas zonas de Colombia, una amplia muestra de cultura popular mexicana se hizo notoria con sus canciones y películas. Esta particular presencia en Bogotá, la capital del país, la registra Fabio Zambrano Pantoja, en De la Atenas suramericana a la Bogotá Moderna. La construcción de la cultura ciudadana en Bogotá:

...es la radio el protagonista fundamental de la difusión de nuevas corrientes musicales. La Voz de Colombia, 1930, y la Voz de la Víctor, 1933, se convierten en los vehículos de difusión de ritmos caribeños, así como el bolero y las rancheras mexicanas. Junto con el cine sonoro llegó la invasión del cine mexicano y argentino, que consolidó la implantación de la ranchera en el público bogotano, en razón de las temáticas rurales o del migrante rural que llegaba a la ciudad, y a la condición de no necesitar leer subtítulos, lo cual facilitó que el público bogotano, altamente analfabeto, comprendiera las películas...(Zambrano 9).

Contar de ese influjo, me avasalló: cómo una vida cambia, se transforma y adquiere características propias de modelos externos vistos en los medios de comunicación y entretenimiento masivos: el cine, la radio y la televisión. Entre 1936 y 1957, en la llamada época de oro del cine mexicano en muchas pantallas de teatros en Colombia había una alternancia con el cine de otras regiones. Concretamente en 1944, según lo registra Zambrano, en De la Atenas suramericana a la Bogotá Moderna. La construcción de la cultura ciudadana en Bogotá, ya los artistas de ese país, eran figuras para el público colombiano:

...es el cine el responsable de introducir nuevas modas y nuevos comportamientos en la ciudad. El cine a color llega con fuerza, y si bien las películas norteamericanas inundan los teatros, artista mexicanos como Cantinflas continúan siendo los favoritos del público (...) En la música, el bolero continuaba su reinado junto con las rancheras, con artistas como Javier Solís y Pedro Infante. (Zambrano 9).

También me llamó la atención como se palpaba el influjo de ritmos y temas musicales provenientes de México, pero que a su vez venían de Europa, para después llegar a otras regiones de Suramérica. Ilustraron este proceso, Egberto Bermúdez y Jaime Cortés, en Un estudio de la musicología en Colombia:

No es difícil reconocer en nuestra música americana su común filiación e identidad española; es cuestión de simple razonamiento, de análisis rítmico-melódico. De otra manera no se explica “la gran semejanza” que encuentran los Mexicanos entre sus aires populares y los argentinos. La semejanza de éstos con la de los colombianos, venezolanos y cubanos es evidente, y lo mismo hay que decir de las demás naciones de América. (Bermúdez, Cortés 135).

Y la presencia de esa clase de cultura popular mexicana, tomó visos de oleada, como lo anota Emilio García Riera en Historia del cine Mexicano:

Con el estallido de la II Guerra Mundial decayó la producción filmica norteamericana y los E U decidió apoyar al cine mexicano buscando un amplio cubrimiento para su incursión en dicha Guerra. Fue en este periodo cuando se creó la mayor parte de la infraestructura de la cinematografía nacional y la producción de películas mexicanas se desarrolló ampliamente extendiéndose el radio de influencia del cine mexicano a toda Latinoamérica. (García Riera 128 y 161).

### **Lo socialmente aceptado**

De modo que contar cómo una porción de cultura si bien derivada de la televisión, la radio o el cine, es decir propia de los medios, distinta a la poderosa de los Estados Unidos,

tan arraigada en América Latina, arrulló a varias generaciones de colombianos, se convirtió en un viaje de aprendizaje, investigación, recorridos y rescate de recuerdos y tradiciones.

Y esa apropiación se debió dar inicialmente desde la evidencia del reflejo cultural al pertenecer a una cultura que heredó hondamente raíces de otra a través de un mensaje claro: en el entorno colombiano es normal hacer sentir la diferencia de clase, como una manera de dominar y vencer, que cuando se quiere conquistar a una mujer, o sea, obtener lo esquivo, normalmente se puede intentar atraer por medio de los sueños del cine y las historietas. Así que cuando se recibió todo ese caudal, el más fácil de acoger fue el que venía en el mismo idioma. Jesús Martín Barbero, en De la Comunicación a la cultura, explica esta clase de influjo:

“Si a la gente le gustan las rancheras, “El Chinche” (comedia colombiana costumbrista), las radionovelas, las historietas pornográficas que nos llegan de México, no es porque sí, ni es porque los comerciantes son geniales y han encontrado “la fórmula”. Lo que están es explotando unas matices que vienen de muy lejos, de muy atrás históricamente, y a través de las cuales el imaginario popular se hace cómplice de la dominación de lo masivo (Barbero 23).

De modo que esa mujer, Adela, heredera de las novelas, del cine y todo lo mejicano que le permite identificarse con ese modelo, representa a grupos de hombres y mujeres colombianas que consumieron, con sus virtudes y defectos, la avalancha de una enorme industria de entretenimiento. El profesor Barbero registra esa especie de comunicación de doble vía: “Ustedes saben que no hay dominación sin complicidad y sin seducción entre el dominador y el dominado” (23).

En los primeros tickets —que llamo así, porque la idea es que se vea como Adela se siente cada vez más en una película —, busqué no pasar de una página, con breves escenas, como el fotograma de una cinta.

## Comienzos

Empecé atropelladamente a escribir páginas y escenas creyendo que estaba contando *claramente* la historia de una mujer aficionada al cine. Pero en el desarrollo de la maestría en El Paso, primero conté de una obsesión por el cine y el influjo de una cultura, para llegar después a vivir mi propia

revelación: lo contado y vivenciado no debía abordarse con la escritura y énfasis propuesto.

A lo largo de varias sesiones recibí la orientación de cambiar la forma de construcción de las frases y dibujo de las situaciones: de modo que mientras Adela, el personaje principal, fue siendo absorbida por la realidad, mi escritura también fue transformándose en una propuesta que debía ser más clara, y menos inocente. Era necesario integrar la idea de creación de un personaje con su anécdota: tanto ella, como lo que le pasaba, iban cambiando con el paso del tiempo.

## Una obsesión

Estaba escribiendo sobre una obsesión, sobre una vida de encierro, pero también sabía que por más que lo intentaba, Adela, sin atributos físicos, era una bella mujer. La narración se enfocó en ella, que en uno de sus días más importantes, recibe sorpresivamente la visita de Martín, quien se había ido hacia veinticinco años, siendo un niño de ocho, y pagando equívocamente una pena por la supuesta quema de *Cinema Boyacá*, lugar donde Adela libera sus fantasías. Este encuentro da lugar a una serie de sucesos que cambiarán el curso de la narración. Se cuenta en presente, con un narrador omnisciente en su mayor parte enfocado en Adela, pero hay también saltos temporales, y secciones donde lo narrado tiene alternancia con la primera persona, y se dan espacios para conocer los puntos de vista de los demás personajes. También, para detallar las obsesiones de cada uno, se narra a través del fluir de la conciencia y el monólogo interior.

Escribir fue a partir de ese momento un nuevo descubrimiento: la necesidad, esa urgencia insoslayable de escribir fiel al brinco que suponía a cada instante “meterse” en la mente de los protagonistas de *La taquillera*, pasando la barrera frágil de la vida a esa otra vida que idealizaba Adela, principalmente. Escribe Juan Carlos Onetti en La Vida Breve, a propósito del orden, la confusión y su significado:

Era el tiempo de la espera, la infecundidad y el desconcierto; todo estaba confundido, todo tenía el mismo valor, idénticas proporciones, un significado equivalente, porque todo estaba desprovisto de importancia y sucedía fuera del tiempo y de la vida, ya sin un Brausen que aquilatara, todavía sin un Arce que impusiera el orden y el sentido (Onetti, 242)

Este pasaje me reveló especialmente, así como toda la novela, que había una íntima relación casi imperceptible entre la forma de ver el cine y entender la vida. La frontera que Adela delineaba para su vida, era invisible para los demás, pero normal para ella.

Vargas Llosa resultó fundamental para ampliar mi redacción de *La taquillera*, desde el análisis crítico de La vida breve, en su libro Viaje a la ficción:

La relación ficción-vida alcanza un plano fantástico cuando Brausen, que está ayudando a Ernesto a escapar después de haber matado a Queca, planea de pronto “llegar a Santa María a través de lugares aislados”, es decir, dar el imposible salto de la realidad a la ficción (Vargas Llosa, 51)

De modo que se llegó a un punto que abrió una fascinante entrada: la del nivel de conciencia y comunión entre lo que se cuenta, partiendo de lo que viven los personajes de la historia, y quien desea contarlo. Empecé a mirar el acto de escribir, como quien se sienta a ver una película esperando descubrimientos.

Más adelante, se estrechó más el vínculo entre realidad y ficción, rebotando de los personajes a la propia experiencia autoral: tanto la realidad del personaje, como la del autor pueden estar en un plano parecido y no poder evitar el contacto.<sup>1</sup>

Vargas Llosa ya lo decía en Viaje a la ficción cuando reflexiona sobre las dicotomías que plantea

el intento de expresar claramente donde debe situarse el autor, narradores y personajes:

En verdad, la ficción no es la vida sino una réplica a la vida que la fantasía de los seres humanos ha construido añadiéndole algo que la vida no tiene, un complemento o dimensión que es precisamente lo ficticio de la ficción, lo propiamente novelesco de la novela, aquello de lo que la vida real carece pero que deseábamos que tuviera...(Vargas Llosa, 28)

## **El placer del lenguaje**

(Búsquedas)

Ya Hélène Cixous, en Llegada a la escritura, describió ese placer: “creía al menos, si no en la verdad del ser, en un rigor, en una pureza del lenguaje. Si una palabra se ponía a mentir, quería decir que la maltrataban. Que la echaban a perder, al ponerla en una posición imbécil” (31).

Así como Cixous revela sus peripecias con el lenguaje, poco a poco se van afrontando las exigencias de *La taquillera*, que empezó a manifestarse soberano. Ya no iba escribiendo según el plan, y ya no formaba oraciones en la forma acostumbrada. Adela, desde su

---

<sup>1</sup> ¿Puede suceder que un personaje crea que su realidad está en la pantalla, sin ignorar que ésta es una imagen posterior de lo que vive, y a su vez, un autor esté apoyando más su realidad en las ficciones? De darse esta conjunción ¿en dónde se puede ubicar la mera realidad y dónde la ficción? Incluso el autor puede negarse abandonar su cómodo nicho y el personaje no regresar a la que se considera la realidad objetiva. Este dilema en algo lo sugiere Vargas Llosa en *Viaje a la Ficción*.

neurosis, se trasladó a mirar la vida más allá de su ventana. Empezó a exigir color en sus vestidos, maquillaje y belleza, en un palabra. Lo grotesco de su cuerpo y situaciones tuvieron una metamorfosis: fue indispensable dotarla de atractivo con situaciones más esperanzadoras. La taquillera pidió independencia desde sus personajes. El control del lenguaje y las escenas fue tomado por la historia, como lo advierte Vargas Llosa en La verdad de las mentiras:

Para conquistar su soberanía, una novela debe emanciparse de la realidad real,  
Imponerse al lector como una realidad distinta, dotada de unas leyes, un tiempo, unos  
Mitos u otras características propias e intransferibles. Aquello que imprime a una  
Novela su originalidad —su diferencia con el mundo real— es el elemento añadido...(Vargas Llosa,  
59)

Esta sentencia aclaró el camino y posibilitó darle más vida y juego a lo que deseaba Adela, que recibió respaldo para sus anhelos y miedos, hasta fortalecerlos, pero más aún su mundo con carencias y certezas tomó el color de lo realizable. Fue entonces cuando su sueño de ser “tomada”, o acercarse a su ídolo Pedro Infante, la impulsó para encaminar su vida hacia ese único y vital objetivo, pasando de la realidad, a la otra realidad, de la que ella jamás dudó.

Y siguiendo con el paralelismo, aquí empezó a lucir una Adela capaz de lograr sus objetivos. Caprichosa, e impredecible. Al develar sus motivaciones, pero al mismo tiempo, verse a merced de varios juegos, la obsesión y el amor se encontraron. Para tal fin, ella se propuso mejorar su apariencia. En este sentido, Madame Bovary fue un gran influjo, con su avasalladora personalidad. Lo destaca William Somerset Maugham en Diez novelas y sus autores: “Emma Bovary era excepcional porque trató de vivir sus fantasías, y era excepcional en su belleza”(195).

En *La taquillera*, Adela va adquiriendo más amor propio y concibe la vida más abierta, pero no se aleja de sus pilares, de lo que cree es más cercano a la realidad: la vida de las películas. Ella vive su vida con su propia adaptación. Una interpretación propia, con la herencia que le pinta el cine de estrellas como Santo, Pedro Infante, y toda clase de historietas donde el amor, los sueños tengan cabida hacia la conquista de la felicidad. Por eso se abre, consciente del poderío de su belleza. No de otra manera logra ser deseada por Martín, y por Ismael, quien la hace suya, en la mitad de su vida, dándole así un interés adicional para su existencia, que a su manera, despreciaba al refugiarse en casa, obnubilada por el cine y sus aventuras.

Empeñado ya a alejar lo grotesco en los personajes también se debió abordar la estética en la escritura, como propósito y para tal fin, Flaubert fue ilustrador cuando a su amante — a propósito de su escritura y la relación con el arte— en Cartas a Louise Colet, dice,: “No hay pensamientos hermosos sin formas bellas, y recíprocamente. La Belleza rezuma de la forma en el mundo del Arte, como en nuestro mundo salen de ella la tentación, el amor” (54).

La forma de conjugación de la realidad y cotidianidad de Adela también empezó a cambiar, mutando de una a veces gris descripción de títulos de canciones y películas que iban nombrándose formando parte de la narración, hasta llegar a integrarse buscando una inserción útil, con sentido. Walker Percy, con su novela The Moviegoer, permitió manejar de mejor forma esa tendencia en *La taquillera*. A través de su lectura se ve como en la New Orleans de posguerra, el protagonista Binx Bolling conjuga en forma natural la realidad del cine con su cotidianidad: “La verdad soy feliz con una película, incluso con una mala” (19). Con este ejemplo, Adela pasó del acto inmediato de ver películas y comentar, o pensar, a ser una mujer a la que al asistir a su vida diaria, también podemos oírla uniendo vivencias con situaciones vistas en la pantalla. Adela empezó a liberarse así de su dependencia de lo

visto para integrarlo a lo que pasaba en su vida. Ahora en cualquier situación empezó, inopinadamente a hablar de cine-vida, como lo hacía Bolling: “Yo me encontré con una chica, pero no hay mucho que recordar, de lo que sí me acuerdo es la vez que John Wayne se cargó a tres tíos con una carabina, mientras se caía aquella calle llena de polvo en La Diligencia, y de la vez que en...” (19).

Ligado a la necesidad de fantasear, de elevar, si se quiere, el nivel de lenguaje, apareció una forma urgente, precisa y sobre todo encadenada de contar la historia. Paso a paso, fue surgiendo el anecdótico de Adela y su circunstancia, hasta que John Maxwell Coetzee en su intensa novela Disgrace, ilustra en 271 páginas en forma apabullante, como se puede narrar una trama sin que decaiga. Utiliza un narrador en tercera persona que sólo tiene óptica total para el terco profesor David Lurie. Así, se adaptó para contar lo que Adela vivía, un narrador omnisciente, que va cediendo el lugar cuando los personajes deciden dar rienda suelta a sus soliloquios. Pero lo que hay que resaltar en este autor es su economía de medios. Al describir su relación con Soraya, de entrada no necesita decir que es una prostituta para ya contar de su relación. El primer adjetivo, a parte de la palabra “bien” cuando se refiere a como ha resuelto el problema del sexo, está en la palabra “agradable” al hablar de cómo huele el dormitorio. Se hace visible el primer adjetivo, que fue bien sonoro, sólo hasta el segundo párrafo cuando el profesor acaricia su cuerpo moreno “como la miel”. Semejante manera de escribir es muy difícil en una historia como donde párrafo tras párrafo van sucediendo hechos que dislocan al lector. Para mí es una virtud y una técnica que sólo la puede lograr quien quiere tener foco, no distraerse de lo que quiere narrar. Aquí, entonces se siente una perfecta comunión entre narrador (en tercera, parcial) con el personaje principal. Tanto narrador como personaje no se desvían de su objetivo.

Narrar estas situaciones así sin caer en el melodrama y en las largas descripciones o disquisiciones no priva a la novela y al narrador de ofrecer un personaje metido en una gran batalla: la vida en una Sudáfrica que aún mantiene sus heridas, sin rencillas, así se haga gala en general, que allí se acabó la segregación.

De desgracia en desgracia, va avanzando la narración: del infortunio de perder su trabajo, se pasa a otro: convivir con su olvidada Lucy, quien termina sin ser arrancada de lo que tanto ama —su tierra—, así al final, quizá con las uñas, tras extraños convenios con Petrus —ningún ángel protector— siga ligada a un pedazo de tierra, que ya no será suyo, de pronto porque así debe pagar por tener ese color “blanco” en su piel. La terca desgracia será ni siquiera poder volver a ser profesor, ni siquiera poder comenzar una nueva vida, ganarse el pan, terminar la bendita ópera en la vida de Lord Byron. Pero siempre será mejor vivir así que haber caído en la tentación de haber seducido a Desirée, la hermana de Melanie, o soportar por minutos a su ex, la cantaletosa y desabrida Rosalind.

En el capítulo 21, el renegado, lento y apagado profe Lurie se va al teatro a ver a su Melanie, sin conseguirlo plenamente porque el novio de arete en la oreja, lo mancilla y le dice “vejete deje la tontería ya”.

Y así, sin olvidar que asistimos a la vida, a la tragedia pintada con colores fuertes, pero sin melodrama, esos personajes, definitivamente son hijos de su tiempo, un hoy que no puede dejar de mirar el ayer, al que se quiera o no, también se debe. Toda esta obra influyó para acometer una narración que no ofreciera pausa, como exigía Adela, dueña de su obsesión.

Otra novela como The Remains of the Day, de Kazuo Ishiguro, fue pilar clave para acometer la escritura de La taquillera, sin caer en la pasión de la protagonista. Cuando se narra el mundo de Darlington Hall, cerrado y sobrio, también se ve una historia, equilibrada

donde la pasión se puede transmitir sin que en el texto, el lenguaje obstruya con adjetivos y escenas llenas de palabra, lo que se quiere contar.

### EL DEVENIR: LO OÍDO Y VISTO

Dadas estas condiciones, atravesando la “pantalla” de su vida. Adela fue luchando para abrirse paso en la vida y no sucumbir. Si el teatro donde veía las películas ya no estaba, por su íntima aspiración de ayudar a su papá en lo económico, pues al no contar con un telón para ver las películas, ideó la forma de verla en la comodidad y encierro de su sala casera, para lo cual se valió de ahorros y muchas veces el apoyo financiero del padre. Aquí, creyendo enfrentar sus adversidades desde la película de su vida, Adela es una hidalga señora de fina estampa. Parodiando a El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de La Mancha, a cambio de Dulcinea, en este caso, Adela cree encontrar en Pedro Infante a su amor redentor, una fascinación que también recayó sobre muchos colombianos que seguramente se identificaron con las virtudes que este artista pregonaba a través de sus canciones y películas. “Mucho se ha hablado del estereotipo del hombre del noroeste de México. El máximo ejemplo de estos rasgos sin duda lo encarna el actor de cine Pedro Infante, uno de los ídolos más amados del pueblo de México. Año con año el día del aniversario en que perdió la vida multitud de personas asiste a dejarle flores y a cantarle Mañanitas”. (Canclini 12).

En busca de ese artista que la subyuga, Adela va a una premier donde se lanza una película que el actor no pudo hacer debido a su repentina muerte en un accidente aéreo, hecho que Adela no quiere ver, o simula ignorar amparada en su deseo de cumplir el sueño dorado, encontrar a su ídolo, como el Ingenioso Hidalgo, de Miguel de Cervantes Saavedra, acomete su empresa: “mas, pudiendo más su locura que otra razón alguna, propuso de

hacerse armar caballero del primero que topase, a imitación de otros muchos que así lo hicieron, según él había leído en los libros que tal le tenían.” (22).<sup>2</sup>

### **Entre Santo y Pedro Infante...**

Las canciones, corridos y películas que varias generaciones han visto son todo un conjunto de referencias e influencias necesarias para abordar *La taquillera*. Por eso, si el influjo venía de México, había que ir allí. Aprovechando la cercanía de Ciudad Juárez, con Estados Unidos, se inició la búsqueda de esos discos y cintas mexicanas entre los años cuarentas y setentas.

Entre las grandes diferencias con el resto de naciones de América, son más las semejanzas y virtudes que a través de la influencia del cine, México marcó intensamente en mi país. Otra de esas marcas es *Santo El enmascarado de Plata*, que Adela admira y con el que se siente protegida, y además disfruta, lo que tal vez buscaba el público inclinado por esta clase de espectáculos. “Santo es un fenómeno que trasciende su tiempo, mantiene viva su imagen impregnada de magia y surrealismo: es un héroe “real”, ficticio en sus hazañas pero de carne y hueso al que se le podía tocar y ver pero además aparecía en historietas , en películas, en programas de radio y televisión...” (Fernández 15-16).

La atracción por unos actores, sus historias, las canciones escuchadas hasta formar sus particulares fantasías y crear un mundo paralelo, hicieron que Adela a lo largo de su vida mantuviera vivo su interés por el cine, atada a las historietas de fotonovelas, pendiente de sus héroes, a la espera de su protección, sin detenerse a pensar si lo visto pertenecía al mundo real, incluso creyendo a veces que los demás la seguían en su visión de ese universo fascinante.

---

<sup>2</sup> De Cervantes Saavedra, Miguel, *Don Quijote de la Mancha*. 1605. Madrid: Ediciones Cátedra, 1996.

## REFERENCIAS

- De Cervantes Saavedra, Miguel, *Don Quijote de la Mancha*. 1605. Madrid: Ediciones Cátedra. 1996
- Flaubert, Gustave, *Madame Bovary*. 1857. Barcelona: Editorial Planeta. 1999.
- Flaubert, Gustave, *Cartas a Louise Colet*. Madrid: Ediciones Siruela. 2003.
- Percy, Walker, *The Moviegoer*. 1961. Madrid: Alfaguaras Literaturas. 1990.
- Onetti, Juan Carlos, *La Vida Breve*. 1950. Buenos Aires: Editorial Sudamericana. 1950.
- Somerset Maugham, William, *Ten Novels and Their Authors*. 1954, Bogotá: Editorial Norma. 1992.
- Alatríste, Sealtiel, *Dreamfield*. México: Editorial Nueva Imagen. 1981.
- Gómez De Silva, Guido, *Diccionario Breve de Mexicanismos*. México: Academia Mexicana. 2001;
- Fondo de Cultura Económica. 2006
- Barbero, Jesús Martín, *De la Comunicación a la cultura*, Bogotá: Revista Signo y Pensamiento, Universidad Javeriana, ponencia. 1989.
- Bermúdez Egberto, Cortés, Jaime, *Musicología en Colombia: una introducción*. Bogotá: Facultad de Artes, Maestría en Teoría e Historia del Arte y la Arquitectura, Universidad Nacional de Colombia. 2001.
- Fernández Reyes, Álvaro A, *Santo el enmascarado de plata: mito o realidad*, Michoacán, Colegio de Michoacán, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes. 2004.
- Zambrano Pantoja, Fabio, *De la Atenas suramericana a la Bogotá Moderna. La construcción de la cultura ciudadana en Bogotá*, Revista de estudios sociales, no. 11, pp. 9-16 Febrero de 2002.
- Cixous, Hélène. *La Llegada a la Escritura*. Buenos Aires: Amorrortu. 2006.
- Coetzee, J. M., *Disgrace*. Barcelona: Random House Mondadori, 3rd. 2004.

- Vargas Llosa, Mario. *La Ciudad y los Perros*. 1963. Barcelona: Seix Barral. 1975.
- - - *Cartas a un joven novelista. Ensayos Literarios I*. Barcelona: Galaxia Gutemberg. 2006.
- - - *La Orgía Perpetua: Flaubert y Madame Bovary*. Madrid. 1975: Alfaguara. 2006.
- - - *Conversación en la catedral*. 1969. Madrid: Punto de Lectura. 2006.
- - - *Historia Secreta de una novela*. 1971. Barcelona: Tusquets. 2008.
- Prose, Francine. *Cómo lee un buen escritor*. 2006. Barcelona: Ares y Mares. 2007.
- Sontag, Susan. *Contra la interpretación*. 1961. Buenos Aires: Alfaguara. 2005.

## DISCOGRAFIA

- Historia de un amor, Carlos Eleta Almarán, 1955.
- Amorcito corazón, Pedro de Urdimalas, 1949.
- Ella, José Alfredo Jiménez, 1950
- Cuatro Caminos, José Alfredo Jiménez, 1950
- Amor de mis amores, Agustín Lara.
- Yo no fui, Consuelo Velásquez.

## FILMOGRAFIA

(MÉXICO)

*Pedro Infante:*

José Pedro Infante Cruz, 18 noviembre 1917, Mazatlán, Sinaloa; 15 abril 1957, Mérida Yucatán.

--Así era Pedro Infante, Director: Ismael Rodríguez Ruelas (1963).

-La barca de Oro, Director: Joaquín Pardavé (1947).

-Gitana tenías que ser, Director Rafael Baledón (1953).

-Nosotros los pobres, Director, Ismael Rodríguez Ruelas (1948).

-Allá en el Rancho Grande, Director Fernando de Fuentes (1936).

-Los olvidados (1950) Luis Buñuel.

Santo: "El Enmascarado de Plata": Rodolfo Guzmán Huerta, Septiembre 1917; Febrero 1984.

-Santo Vs. Las mujeres vampiro, Director: Alfonso Corona Blake (1962).

## OTRAS PELICULAS

- Dean Man Walking, Director Tin Robbins (1995).
- Donnie Darko, Guión y dirección: Richard Kelly (2001).
- The Man who Shot Liberty Balance, Director John Ford (1962).
- Atonement, Director Joe Wright (2007).
- Marty, Director Delbert Mann (1955).
- Ice Storm, Director Ang Lee (1997).
- Reservoir Dogs, Director Quentin Tarantino (1992).
- Pulp Fiction, Director Quentin Tarantino (1994)
- El Paciente Inglés, Director Antony Minguela (1996).
- Memento, Dirección: Christopher Nolan (2000).
- El secreto de La Sierra Madre, Dirección John Huston (1948).
- Casablanca, Director Michael Curtiz (1942).
- Sunset Boulevard, Director Billy Wilder (1950).
- The African Queen, Director John Huston (1951).
- The Wizard of Oz, Director Victor Fleming (1939).
- An Streetcar Named Desire, Director Elia Kazan (1951).

# La taquillera

*Hugo montero*

—cuatro caminos hay en mi vida  
cuál de los cuatro será el mejor...”

*José Alfredo Jiménez*  
Cuatro Caminos

ticket 1

Adela, bocarriba, muerde su labio inferior, pasea la lengua más cerca bajo la nariz, prueba su propio sudor y el de Ismael. Abre aún más la boca en busca de aire, deja escapar un gemido largo y sonríe. Encima, tapando sus pechos, estrujando sus nalgas, Ismael la acorralla con besos en el cabello y las orejas. Ríen y ya ni si quiera escuchan lo que se dicen, ahogando sus voces en una prolongada algarabía de exigencias y ruegos.

En la calle, Martín ve como una llovizna que parecía pasajera ha sido remplazada ahora por un intenso aguacero , cargado con vientos y frío helado. Permanece frente a la casa de Adela mirando las gotas que resbalan por la puerta. Mira al lado y ahora ya no está una casa de un piso donde había un restaurante. Ahora, en medio de la lluvia se ve un edificio de cinco pisos. Revisa los grandes ventanales donde hay dibujados precios y ofertas de comida. Entonces levanta la vista y lo ve: el gran aviso de neón que a esa hora de la mañana no está encendido: *Restaurante Cerdo Contento*. No sabe por qué le da tristeza ver esa imagen de un animal con delantal rojo invitando a comer. Entierra sus ojos en el piso viendo el salto de las gotas a su pantalón. Empieza a rodearlo un gran charco. De nuevo golpea tres veces, fuerte.

Un hombre de gafas gruesas, bajo un paraguas y una gabardina negra, pasa a su lado sin mirarlo. Martín se queda viendo la figura que se pierde como en una gran bolsa

plástica antes de cruzar la calle, sin prisa, atrapada por el aguacero, hundiéndose en la niebla.

Martín siente el olor a ropa húmeda. —¿Es el vestido de ese hombre el que huele, o es mi ropa la que hiede ya? ¡Carajo!”, se pregunta mientras descarga dos golpes más pesados sobre la puerta. Martín mira, ve un rostro de hierro, mudo.

Adentro, Adela y un exhausto Ismael a punto de dormir, no escuchan los golpes en el portón. Un coro acompaña a Pedro Infante en el tocadiscos. El vinilo gira y gira y no enreda su voz en las cortinas del cuarto de Adela:

...siempre fuiste la razón de mi existir,  
Adorarte para mí fue mi religión...

Mira hacia arriba buscando nubes y después hacia el norte de la ciudad, hacia el ruido que desconoce. Al tiempo que también mira instintivamente hacia el sur, se convence: está solo en la calle, y resuelto, sin pensarlo mucho, busca su manojito de ganzúas en el bolsillo interior de su chaqueta.

Mientras calcula el giro preciso, el toque que le dé entrada, lo sacude un repentino vendaval. Una corriente fría pasa por la calle y se detiene frente a él. Temblando, con los dedos como alambres retorcidos, consigue el anhelado click. Entra y cierra apenas dominando el movimiento involuntario de sus hombros y una leve inestabilidad en sus piernas. Recostado contra la hoja de metal, enfrenta la boca del zaguán, achicando la mirada. Enfoca las tinieblas que se extienden por unos quince metros hasta terminar en el patio desnivelado, más ancho que angosto. Traga saliva. Se sorprende por la facilidad con la que ha ingresado después de una ausencia de veinticinco años.

Blanca, traslúcida, la piel de Adela ahora empieza a perder su enrojecimiento repentino, las gruesas gotas de sudor de hace unos momentos ahora son islas de sal, reseca como costras de fácil remoción. Su mirada viajera por los recovecos del techo amarillo ya no miran con fijación la espalda de Ismael que sigue en una especie de duermevela, con el rostro vuelto hacia la cabecera de la cama desecha. Ella abate los párpados reparando en un punto, la frente en un solo pliegue, y su boca ya sellada, deja de liberar suspiros. Se mira el pubis, tratando de minimizar el ardor que sube por sus muslos y caderas. Busca el espejo del armario, pero declina ese capricho de revisión de su desnudez, presintiendo que ahora lucirá un rostro y un cuerpo distinto, ahora que es una mujer que a sus cincuenta años recién cumplidos, consigue recorrer el sendero para llegar hasta los brazos y besos de un hombre.

Mira al techo mientras la lengua va y viene como si degustara un marañón verde, en expedición vagabunda. Por el cuello pasan varias venas gordas, rebajando su ritmo: toum, toum, compás marcando el ritmo de repentina locura, el beso lento en el pecho y las axilas de Ismael, atrapada en una marea de olores que no puede, que no quiere esquivar. Queriendo alcanzarlo en su sueño, invadida de una desconocida ternura, se funde en su nuca y cierra los ojos, repitiendo la mueca que hacía de niña cuando deseaba chupar un helado de vainilla y fresas.

ticket 3

Con los talones en alza camina tres pasos, convencido de recibir en cualquier momento un ataque: un pico de ave pasa a su lado, manotea, cree que le iba a morder la oreja y pelea con la nada.

Después de unos dos minutos cuando ya se siente superior a la muralla de dudas que presentía infranqueable, a su pesar, encogido, camina aún a tientas cinco pasos más. Entonces puede ver la forma estrecha del zaguán, sus alargadas sombras, parpadeos contantes y el débil resplandor donde se insinuaba un patio inclinado hacia el fondo de la casona.

Y cuando siente que ya no puede controlar su emoción, esa lentitud que lo separa de tantos años sin ver a Adela, quiere encontrarla ya y abrazarla largo y despacio, pero a cambio, al borde del grito, se muerde la lengua, se siente tieso y arrojado contra uno de los muros: sus manos, separadas de su cuerpo, van por la pared, autónomas, rumbo al final del patio que ya deja asomar su superficie de cemento rústico. Desde allí escucha la voz del agua cayendo en el desagüe, y recuerda cuando era niño y sus barcos de papel se deshacían en lentos naufragios.

Los dedos, como esporas, le sacan ventaja y tranquilos lo esperan en la boca del patio. Mira con desconfianza las paredes, las mismas que también cuando era un niño exploraba para buscar en sus heridas hormigas extraviadas o rutas inciertas que le dieran

la clave de porque le gustaba en el 73 ir a esa casa. Muestra a las paredes frías una especie de burla amigüera mientras ahora es invadido por el olor a cera saliendo de los tablados. Se convence, podría entrar en esta casa con los ojos cerrados. Ve diez, veinte veces, centelleantes imágenes: Adela cuando le pasa sus manos de dedos huesudos por la rapada cabellera, ella, ahogada en risa cuando un día él se puso a llorar porque se quedó sin cuaderno de apuntes y vio a Rita, esa lora loca, de palo en palo, gritona, y él ofendido creyó, aseguró que era porque el animal sabía que su cuaderno estaba sin hojas: ve la vez cuando él se cayó del brevo y esas manos le aplicaron alcohol en las raspadas rodillas, limpiaron sus lágrimas y ya cansado quiso irse a casa pero ella siguió hablando de películas y cantantes mientras sentía el ardor. También ve el día que se quitó una de las costras y apareció el borbotón, rojo y caliente. Ansioso por una caricia, ve sus manos sudorosas. Y la pared de cemento lo enfrenta, obligándolo quizá a sacudirse del pesado saco que ha sido su paso por estos años.

Avanza tres pasos, y después cuatro más hasta llegar al comienzo del zaguán. Ve el techo, un párpado físgón. Se concentra en la única roseta sin bombillo. Recapacita: antes, con su escasa estatura, llegaba a la casa y ya no tenía que inclinarse aunque la penumbra y el penetrante olor, piensa, le hacían avanzar con lentitud, recorrido que creía era de kilómetros, siempre como a la espera de un empujón.

Ávido se decide a mirar el patio, el piso y la puerta de la alcoba de Adela. Con subidas y bajadas vertiginosas de su temperatura corporal, ya no es un niño, ahora debe mostrarse como un interno de treinta y tres años que aún mantiene la zozobra al entrar a esa casa. Mira sus zapatos negros, llenos de barro, de uso obligatorio en el *Centro de Rehabilitación Rayo de Luz*, zapatos, cree, como los que usan los payasos, con una deformidad en la puntera.

Son las ocho de la mañana y el sol, fugaz insinúa su despliegue de luz, haciéndose presencia desde el patio. Y mira la jaula con fruta fresca, el pocillo con agua limpia, sin plumas, y el papel periódico sin la caca de Rita. Y justo cuando mira a la lora, sorprendido por sus alas de un intenso verde amarillo oye un ahogo y después una risita. Aguza sus antenas y aguanta la respiración. Ve los ojos amarillos de Rita que como si estuviera enterada de lo que pasa apenas dice en su tronquito inquieta con aleteos y sonidos descoordinados:

—Querido ven ven más más.

El cuarto lo tiene enfrente y la cocina a su izquierda, al lado de la jaula. Recuerda su calabozo en *Rayo de Luz* donde cree estaría mejor.

Jaja, no me baila el coco, en *Rayo de luz* todos están locos... Y las paredes son igualitas a estas: se les ve el cemento pelado... En Santa Inés todos viven en cajones. Mejor me paro aquí junto a la cocina y aprovecho este pocotón de sombras. Oea oo... mejor cierro la jeta porque me oye la Adela...eeh, cuando pasa el viento la cortina me mostrará sus cucos, pchs ¿ehh?, pero la cucha está con un man.

Esta cortina es una telaraña. Me escondo y veo desde la ventana. ¿Quién será el cucho que la tiene abrazada? Ay, pero qué románticos. ¿Y si entro y les jodo el numerito?

Desde la ventana, oculta la cara, sacudido por la rabia, oye clarita la voz de Adela:

—Ayy Ismael no, sí. Ji ji, eso, ya ya, espera, no no. Ayy rico.

Martín, sin aire, repite: —¿Ismael-Ismael? ¡Ah, ya!” Acaba de recordar que así se llama el muchacho de al lado, el que nunca le cayó en gracia así como su restaurante. Ahora entiende el por qué de ese olor a grasa que sintió cuando los veía. —Claro, eso es. El maldito, gozándose a mi Adela”. Corre a la cocina, de nuevo atacado por el frío que empieza a agarrotarle los dedos de la manos. Resuelto, vuelve a la ventana: ve cuando Ismael arremete con fuerza su cuerpecito de venas azules. Se queda lelo viendo las ramificaciones verdes al final de sus piernas. Ismael la tiene contra el borde de la cama y trata de taparle la boca, pero ella en múltiples acometidas sólo es una muñeca de trapo. Los dos, bañados en sudor. Adela con los ojos entreabiertos está oculta por su larga cabellera con un diminuto camino blanco, brillante. Bajo sus nalgas, una gota de agua sangre, apenas extendiéndose en un tramo de cama húmeda.

Ve una de la las manos de Adela arrancando la sábana, desnudando el colchón y después tratando de hacer lo mismo con la piel de la espalda de Ismael, de sus nalgas. Se queda mirando los dedos como ganchos, sus uñas como arpones. Antes de huir ve los pies de Adela que ya no pueden contraerse más. El mapa de múltiples caminos largos y cortos ondula, sus arcos coronados con sendas y breves callosidades moviéndose unas veces a la izquierda, otras a la derecha y después quedan los dedos separados, inertes con sus uñas perfectamente cortadas, sin esmalte. Con falso pudor, más bien renovado pánico, se agazapa como haciendo alarde, ante nadie, de discreción.

Baja la mirada y va hasta el centro del patio. Escupe.

Sin mirar a Rita, huye. Ha dejado de llover, pero no se da cuenta. Olvida tener cuidado en su avance por los andenes que ahora se disputan numerosos caminantes.

ticket 5

Pedro Infante vuelve nítido al cuarto de Adela, donde Ismael es un olor que se fue con la lluvia hace media hora.

...ya no estoy más a tu lado corazón...  
en el alma solo tengo soledad  
y si ya no puedo verte  
porque Dios me hizo quererte para hacerme sufrir más...

Adela mira el techo y después sus brazos. Cierra los ojos, Dibuja a Ismael a su lado. Con sus dedos da besos de aire mientras se mete bajo las cobijas, sintiendo que ahora es distinto lo que llama compañía. Se siente alta, veinte año más joven. Se mete al baño, reinaugurando sus juegos de niña con el jabón y la espuma, su público al que canta corridos mejicanos a cambio de ovaciones y fotografías. El agua recorre su piel invitándola a verse cuando era una niña de diez años en el 58 y había comenzado sin darse cuenta a ser absorbida por la afición a ver películas. Prefirió retar la autoridad paternal, los llamados de atención, a cambio de no privarse del placer de vivir feliz en la oscuridad como una nueva reina, plena en las salas de espectadores y distante de los salones de clase. No valieron los pellizcos, sermones y amenazas. Incluso su padre llegó

varias veces a llevarla a rastras las tres cuerdas desde su casa a la escuela, pero la niña no cedió: era más fuerte el llamado de las historias del telón. Apenas comía o realizaba algún movimiento en el que no estuviera presente algo de lo visto o presentado en la pantalla. Por eso cuando regresó a las tres semanas, fue no sólo una sorpresa para sus compañeras y profesores, si no para su padre. Tenía un nuevo plan: saldría de su encierro obedeciendo a un inesperado deseo de compartir sus anhelos con sus compañeras de pupitre. En los recreos inició un recuento de episodios e intrigas no exentos de alardes de imaginación y añadidos de tramas inexistentes que iba tejiendo cuando a su juicio percibía en su auditorio un descenso en el interés o una tensión floja.

El grupo que empezó casi por curiosidad, con tres o cuatro estudiantes, creció en dos meses con doce alumnas que fueron absorbidas como por el desfile de personajes, de cantantes y amores, historias de celos y charros mejicanos que cubrían toda la pantalla y sus expectativas de adolescentes.

Quizá por estar embebida con su nuevo descubrimiento, apenas terminó la secundaria sin graduarse, sólo porque no accedieron a proyectar una película mexicana en el teatro donde era la ceremonia de los egresados, como llegó a proponer ya que expuso su aspiración de entregar como detalle especial para los nuevos bachilleres, un viaje o una película, para aprovechar la graduación en el teatro Faenza, a donde no asistió, firme, por encima de las ordenes y disgusto de su padre. Ella, ya era dueña de su rebeldía, copiada de las películas que no le dejaron presentar en su solemne día especial de grado.

Tres meses después su grupo de doce espectadoras, pasó a uno de diez; después Adela se quedó solitaria con el nuevo juguete, sin soltar su botella con refresco de un litro. Trató de volver a salir los domingos y empezó a ir a fiestas del colegio, a los bazares pro fondo nueva sala de profesores y la colecta por la ampliación de la biblioteca.

ticket 6

Un día, en la calle, maravillada de la luz atrapada en las puertas y ventanas, y del verdor de unos árboles extraños para sus recuerdos de niña, entró a un galpón donde vendían cintas y aparatos reproductores. Se asomó al no encontrar una versión en Betamax de una película de *Tin Tan*.

Caminó por lugares que hacía más de veinticinco años no visitaba, vitrinas que reflejaban su paso mientras iba acomodándose el cabello a cada tanto, sin dejar de reír con los dependientes que no tenían las cintas que ella deseaba. Siguió hacia el Centro, fue a Chapinero y hasta Chía, pero no consiguió una copia. Cuando ya había completado dos semanas de idas y venidas de antro en antro, soportando un viaje de dos horas en un bus viejo se bajó en un local de la Autopista Norte. Le habían dicho que en ese centro comercial Panamá, encontraría la película.

El encargado de la caseta revolvió, indagó y finalmente rendido le dijo que sí tenía la de *Tin Tan*, pero en Vhs.

—¿Nuevo formato? No entiendo, acaso ahí en éso se ven mejor las películas o qué. ¿Cómo se gana en audio? ¿Y lo de la cámara lenta?, claro es una ventaja... ¿Cómo dijo? Ah sí, se congela la imagen, ¿no?

—Exacto. Esta máquina tiene más funciones y la calidad está para disfrutar el video en un cien por ciento.

—Pues, no sé. Si esto es mejor pues toca conseguir la platica. Hoy no tengo, pero...

— Claro

El zumbido de la máquina comenzó por arrullarla. Largas, cortas, demos y hasta versiones en otros idiomas llegaron a su consola para ser vistas durante más de una hora, entre un cliente y otro hasta que oyó varias voces metidas en su cabeza diciéndole que necesitaba pasarse al Vhs y dejar el Betamax que ya no le iba a ofrecer todas las versiones de sus adoradas pelis. Dio una vuelta, miró y preguntó en otros locales, pero al cabo de dos horas regresó al mismo punto y pidió que le dejaran ver otra vez la máquina. El hombre se quedó mirándola como diciéndole <<¿está segura?... ¿si tiene el billete que cuesta esto?>>. Pasó por alto la encuesta y acarició sin disimulo el nuevo aparato, imaginando qué tenía qué hacer para tenerlo pronto.

De vuelta en casa, inquieta, empezó a buscarle fallas al Betamax, a encenderlo y a apagarlo repetidamente, a tratar de bloquear los botones y a mirarlo mal, como una presencia incómoda.

Pronto, desesperada, ya no disfrutó con las diez cintas que tenía para ver en el fin de semana. Esa intranquilidad se la manifestó a su papá en un desayuno. A pesar de ser una mujer de más de cuarenta años, empezó a hacerle muecas y a bajar y subir el tono como si fuera diciembre y estuviera necesitando atención para obtener su regalo de Navidad. La indiferencia de papá y esa falta de presencia en casa la impulsaban a ser más exigente como si con ello le cobrara las habituales ausencias.

Justo a las dos semanas obtuvo resultados con sus gestos y tonos. Fue tanta su fiebre por tener cuanto antes el Vhs que cuando el papá llegó hasta su cuarto para preguntarle muy en la mañana cuál era su idea de un regalo para su próximo cumpleaños fijado al día siguiente; Adela no dudó: <<Papi, ¿me darías plata?... sí, sí papi>>... él no tuvo más salida que complacerla, con lo que ella, no sólo cuadró de nuevo sus finanzas, si no que así consiguió la cuota para adquirir al menos una bolsa llena con unas cien cintas de todo tipo, con el nuevo formato de mayor tamaño. Y no contenta con la manía de ver películas y beber líquidos de kola, empezó a comer chucherías sin dejar de hacer ruido con el paquete de plástico, y a doblarlo, hasta sentirse en la oscuridad de una sala.

A sus ahorros aún con vida, sumó la plata que su papá, a pesar de la difícil situación, le dio. Tenía la plata para ir por el Vhs, pero era tanto su regocijo con el aparato que no dejó que su papá la acompañara, convenciéndolo que ella iba a comprarlo, a darse el gusto, porque era su deseo y que además de traerlo en taxi la iba a acompañar una ex compañera de colegio.

Pues ni lo uno ni lo otro. No se maquilló o peinó con esmero, preocupada por no perder tiempo y hasta en un momento se preguntó si se había cepillado: Al cabo de unos minutos, ya sin respuesta, olvidó por qué se preguntaba tales cosas. Ya sólo iba a estar centrada en su viaje al sitio.

Primero mintió sobre el precio de la máquina, temerosa de que si el papá la consideraba muy costosa, le negara su capricho. Así que sacando de sus antiguos ahorros completó para comprarla un sábado de intensa lluvia, donde los taxis no abundaban en la ciudad, por lo que terminó viajando en bus y llegando tarde al centro comercial, después de atravesar media ciudad y toda una serie de embotellamientos de tráfico. Empleó su tiempo perdido en averiguar en otras casetas, virtudes del nuevo aparato.

Cambió, con las nuevas indagaciones, su deseo de llevarse una máquina gris, de frente de vidrio y madera, por un Toshiba de plástico negro y acero del 88, donde de paso, le ofrecieron centenares de nuevos videos de lucha libre y cancioneros mexicanos. Llegó radiante a casa, mojada, con menos dinero, dos bolsas llenas de cintas y el Vhs; pero se sentía mezquina por dejarse llevar por sus caprichos teniendo después que hacer toda clase de piruetas para aliviar sus crisis; aunque pronto evadía esos actos de contrición y envalentonada se decía que el Vhs dejaba correr más cinta.

Sin embargo, mientras se secaba el cepillo con una toalla tibia, amainó su ansiedad por encender el nuevo aparato. Estaba acorralada por toda esa cantidad de ojos: los de los buses, los de las calles, los del taxista, los del par de colegiales que estaban ateridos bajo un alero a la espera de pasar el temporal. Esas imágenes de las calles, lejos de las cuatro paredes de su casa, empezaron a rondarla como una nueva y poderosa cinta apenas descubierta. El mundo era de colores y quería salir y ser abrazada, perder el miedo a caminar más allá del cuarto del televisor.

ticket 8

—Tenían el compromiso de llevarme puntualitos los pedidos ¿no? Les pago cumplidamente y ustedes me fallan. No es justo, caray.

—¡Tarcisio, Tarcisio! ¿Qué pasó con el pedido de las papas de doña Adela Quintero? ¿Por qué no se llevó?, ¿ah?

—Ya le dije patrón fui le llevé lo que pidió lo de siempre y golpié y golpié pero nadie me abrió y me estuve como cinco minutos pero no nadie dio señales de vida señor.

—Así si no podemos hacer nada mi doña. Ya le hacemos otras vez su paque...

—Noo, no. Yo los guardé por acá. Espere, ¿sí? Ya lo traigo. Sí sí aquí vea aquí lo tiene son... veo son sí aquí está miré.

¡Jaa a! no me faltaba si no eso que seguro yo estaba con la tele o el tocadiscos a todo dar y me trajeron el domicilio y no oí y no se me ocurrió que sí habían venido y con alguito de rabia reclamé pendejamente uy eso si me da pena que mal la hice esta vez tonta tonta que no vuelva a ocurrir y hablando de ocurrencias ya pronto es festivo y no he preparado cómo voy a decirle a papá cómo me traigo pa mi cuarto a Ismael y que no se ponga a pensar mal que sólo quiero verlo ahí sentadito tranquilo eso sí poniendo esa mirada tan fija que me hace sentir bella como nunca y no quiero que papá se ponga a pensar cosas que no son o que note mucho mi interés por Ismael pero yo le digo a mi

papito que me dé el permiso y en el sofá nos vemos nos despachamos dos buenas de Pedro o de *Santo* y porque no sí sí que le voy a hacer no me lo puedo sacar de la cabeza con nada y caray ahora sí me atrevo a pasar por delante de *El Cerdo Contento* así me cueste aunque sea poquito y me gusta imaginar su mirada o por qué no algún piropo además creo que más temprano que tarde de pronto nos ponemos a hablar como Pedro y Chavela en *Por Tu Amor* ay yo soy Chavela y él me abraza y *El Cerdo Contento* es un gran salón de baile donde estamos en el centro y él me lleva por el talle y la melodía sigue como pasó en *Mi Ilusión eres tú* ay será que Ismael también antes de ir a cine quiere saber como yo algo de los protagonistas o cómo hicieron la película quién la escribió esas cosas que a mí se me hacen cada vez más interesantes y no sé si él juega a ver las calles y ciudades que traen las pelis y se imagina el barrio la casa donde vivimos o alguna cara conocida y ahí junto a él aprovecho cuando no hay besos ni diálogos en la peli y le pido que me cuente si se pone como yo bien soñador a imaginarse *allá* adentro gozándose todo eso y aunque a mí me interesa verdaderamente cómo por encima de los olores él se metió tan seguro moviendo las manos con ese estilo propio de Pedro Infante y ya imagino la caricia y no estamos en la película y Pedro es Ismael acercándose y otra vez me toma apagan la luz en *El Cerdo Contento* y el director hace mover una pequeña luz encima de la cámara y rodamos por primera vez sin equivocar el parlamento y me siento única llena de vida ah... ¿pero qué y mientras tanto qué? ya ya ordene todo Adelita hija ¿qué le va a decir a su papá? el festivo es pasado mañana.

La veo pasar más mujerota sin mirar al piso, y ahí sí Jalisco no te rajes, Adelita será mía porque Ismael Piedras no lo niegues, Adelita tiene su atractivo, y pos de novios que se sepa, nada de nada, Adelita está cero kilómetros, bien original y aceitadita, lista para el estreno, y es bella, tímida, y creo, Ismael, Ismael, que no le soy indiferente a la Adelita, y si uno ve una mujer como las de la pantalla y va creciendo por dentro es porque esa mujer es para uno, o ¿no? Quiero que me diga Ismael, ¿salimos a tomar un refresco? Y yo como si nada, aprieto los dientes, boto el trapo, saco la plata y me voy en el carro a darle una vuelta, a verla cómo hace conmigo cuando le pida un beso y si cierra los ojos como en las películas...claro que sí, la Adela se pondrá nerviosa, pero no le hace, con mi loción la enloquezco y le hablo de cine y ahí cuando se distraiga la acercó como hicieron los actores este domingo en la pantalla y en el centro de la pista así igualito los imito y la beso hasta verla rendida, llena de deseo, loquita, loquita.

Hoy le voy a salir al encuentro. Apenas vaya pasando por el frente del restaurante con su largo cabello, dejo de mirarle las caderas y sus pechos, ese caminadito lento y esa miradita de ojos que buscan no sé que carajos en el piso, y si no me atrevo, por lo menos le hago charla, no quiero un simple apretón de manos; lo mejor es maquinara. Adela, buenos días, ¿quisiera ir a cine, o a caminar? No, no, qué pendejo. ¿Qué?, ¿Cuál

colonia uso? Ah, sí, es...no...ya: Adela, la invito a La Calera y nos tomamos una cervecita y charlamos, como a las cinco, ¿qué dice? Y si la hembra acepta y no se me nota el afán, y pongo la cara dura y la espero hasta las cinco y a la hora de brindar cuando ella bota los ojos al piso desde el mirador de la ciudad ataco con un beso duradero como los de las películas y ella me aprieta y ya, ahí en el carro nos estamos hasta bien tarde, y no quiero parar, no la dejo hablar, y me doy cuenta que le gusto, que a mí también se me pasa el tiempo y que ahora si adoro sus piernas, esas que me tenían negadas sus faldas largas. Toda una sorpresa. La vecinita salió toda una ricura, si señor.

Ah, no. La Adela apenas me dejó insinuarle que quería un beso. Es una timidez como de perder lo que tiene pero a la vez la veo dispuestica a dejar que la bese. Adelita, no sabía que eras virgen. Y eso si dispara mi deseo, porque no busco amores facilotes; eso ya lo tengo sin esfuerzo ahí en la caja registradora todos los días. Me voy a ingeniar algo ya para volver a salir y no podrás negarte; que te beso, te beso, como que me llamo Ismael Piedras.

El plan será este sábado. Iré hasta su casa y cuando me le plante a su papá, le suelto el rollo de una película de Pedro Infante, una que Adelita por nada del mundo se perdería. Y claro el papá, mi nuevo y orgulloso suegro dirá: ni más faltaba, Adelita estará encantada de verla contigo; eso si pueden ir, pero cuando salgan por favor no se vayan a demorar mucho, ¿oyeron? Y yo no me pongo a pensar cómo una mujer de casi cincuenta años andaba por ahí, en mi propio barrio, al lado de mi casa, bien fresquita y yo no sabía. Es que esa hembra debe ser todo un volcán, ¡qué viva Jalisco!

Corre el agua por su piel, sin fin. Como si obedeciera al llamado de una voz interna, va armando la transformación que se dio en su vida: De un momento a otro no sólo dejó entrar hasta su cuarto la luz, sino el aire, empezando a entrar en contacto con el movimiento de la calle hasta desusar sus faldas oscuras. Empezó a abandonarlas y a dejar ver los botones redondos de sus tobillos y los zapatos negros de charol, cruzados con hebillas delgadas. Logró provocar poca indiferencia con sus poderosas piernas y contoneo. A su paso se volvieron frecuentes las intensas miradas, los intermitentes cuchicheos y los continuos silbidos de galanteo.

Así, con el abandono de su enclaustramiento, pronto logró que en su cuadra los vecinos rotaran la voz: Adela era ahora la que mostraba un brillante racimo de trenzas, producto de sus veinte o treinta minutos diarios de lucha en el espejo. Así que a las dos semanas de lograr la entrega de domicilios en casa, encontró con el placer de la lectura, la consolidación de su íntima y placentera aspiración: no perder más el tiempo, de espalda al aire.

Con el descubrimiento de las puertas de la vida, comprobó que aunque podía seguir en su mundo de fantasía, necesitaba desmontar el cerrojo interpuesto entre los hombres y ella. Pensó en Ismael como una presencia lejana, la encarnación viva del deseo, pero también la puerta de entrada a experiencias dispares pero sorprendentes. Con él, pensó,

podría viajar hasta el vientre de las películas para descubrir por qué le mostraban tantos idilios, pero ella en su vida no podía disfrutar de uno verdadero y propio.

—Ismael me alegra verlo aquí sentado en mi sala porque hoy Pedro Infante, romántico y santurrón no se va quedar sin su Chavela... y de paso quiero saber por qué nomás al verlo me animo a compartir nuestros gustos por Pedrito. Quiero saber cuáles canciones se sabe y cuántas pelis se ha visto ¿Sabe? yo lo creía a usted más interesadito en las aventuras de *Santo* o repitiendo los cantos de Pedro Aguilar o Jorge Negrete y...ah, deberíamos irnos el domingo al Jazmín ese barrio de bien al sur a ver *Mis Amores* y después mientras...

—¡Ayy ay Jalisco no te rajes! Claro Adela, esas películas me gustan porque ahí siempre están los enamorados y además esa clase de cine es como nuestras vidas ¿o no?

—¡Jaa a! Papá Papá te presento a mi vecino Ismael me das permiso de ver pelis anda di que sí te quiero... Pero no le pedía permiso y empecé a imaginarme bien vestida enfrente de la casa de Ismael, con un bonito peinado y el mejor perfume y cuando él apareciera no bajaría la mirada y más bien miraba su carota con ojos revisores capaces de ponerme nerviosa y no puedo, paso despacio para ver si él sale y le puedo decir ¿Se viene para la casa este viernes? Y ya nos sentamos en el sofá y ya son dos pelis ¿sabe? Hace ratito imagino que me habla cerquita con ese bigote negro y sus brazos se abren y cierro los ojos y en toda mi vida no había sido tan feliz y veo sus cejas negras, su nariz larga, su barbilla cuadrada y me embobo con su boca ancha, el brillo de su piel morena

y ya no soy tímida y por primera vez me pierdo una película, pero no me atreví a entrar al restaurante y él no salió y entonces me quedé con la sola idea y triste por mi falta de fuerza.

Reiremos y vendrá una charla de la época linda de *Cinema Boyacá* cuando toda esa gran clientela hacía tiempo en el *Cerdo Contento* mientras empezaba la peli mientras otros al salir se iban a cenar... Me acuerdo un día cuando al terminar el turno en la taquilla iba a cerrar para irme a la salita de proyección a ver cómo aprendía todos los pasos: empalme corte edición en tres pasos corte pegado unión una edición sin hacer saltar la imagen y malograr las secuencias y menos terminar con un gran susto cuando empezó a arder la cinta y a pesar de los cuidados ¡zuas! esa vez se rompió la película y empezó a dolerme el estómago y lo peor las manos se me refundían jaa a, no las veía les dije tranquilas pero enloquecieron iba a sentarme y la silla se agrandó y no pude alcanzarla y vi una capita de humo creciendo quitándome aire miré la ventanita y otra vez fue un ojo pero de buey burlón lleno de fuego con dientes listos para mordirme pero especialmente tenía su boca abierta con esa risotada que se confundía con la gritería del público y ya el terror creció más transformándose en un puño me sentí empujada a un rincón contra la pared entre uno de los proyectores doblada sin fuerzas mientras las burlas y las voces de platea llegaban más poderosas y vi la cara de papá buscando los labios de una chica de cabellera dorada mejillas redondas de piel blanca y delgados hombros casi tan alta como papá pero no más bonita que mamá ni más joven y vi cuando iban a besarse pero a ella le salió una lengua negra partida brillante y larga que enroscó el cuello de papá hasta dejarlo quieto él abrió los ojos miró a todos lados y yo iba a gritar a decirle que cortara o empalmara y después saliera del cuartito no sé cómo y José el proyccionista me levantó cuando ya no tenía aire a papá no lo vi y la

muchacha llegó a la ventanita estaba de espaldas y por un momento me pareció sin cara o algo faltaba quise hablarle sentí mi garganta retorcida y en medio de las lágrimas vi como a través de un vidrio empañado se perdía un poco entre el humo o las paredes ya no supe si alcancé a ver un poco una mejilla si sonreía se burlaba o qué si sólo intentaba responder al beso de papá no oí lo que me dijeron estaba en el pasillo creo o algo así no recuerdo cuando de pronto se acabó la gritería.

Me quedé sola con frío y una imagen de mamá se sentó al lado y pude ver cerquita sus poros, esa piel de parafina y no entendí porque si era tan bella y tierna se había ido y lloré cuando recordé a papá más interesado en otras mujeres, no sé por qué pasó eso, cuál razón tuvo mamá para huir a Venezuela y cómo pudo aparecer ahí a mi lado si ya había olvidado su cara su voz porque sus manos acariciaron mi pelo y trataron de secar mis lágrimas y me sentí sin mis películas incapaz de reprocharle su adiós y no le conté como encontré mi reino en las películas de México donde casi todas las veces aparecía un hombre recibiendo amor o buscándolo.

Ah yo era feliz en esos romances, viendo a otros alcanzar sus sueños. No se me hacía difícil para nada si mamá estaba allí de verdad y en la salida podíamos derrotar a la mujer con esa lengua cortadora porque *todo eso* eran señales. Papá, disgustado, se iba a ir a vivir con su noviecita de esa época. Enseguida pensé: —Este es el momento de preguntar. ¿Si quedo sola ahora, no sólo con mamá lejos si no con papá entregado a esa lengua negra, cómo voy a hacer?—.

sin ticket

Miró de frente a *Blue Demon* y *Santo*, decidida a copiar su valor para atreverse a romper el miedo que le hacía pesados su pies haciéndole doler los tobillos. Igualó sus pasos mientras los veía caminar en la secuencia que mostraba la pantalla de su televisor. Y cuando estuvo a la par con ellos en la escena donde caminaban por un pasillo de escuela debió no pocas veces dar pequeños saltos para no quedar retrasada. Espió a sus anchas los trajes ajustados, la forma como los músculos eran forrados y cuando se detuvo en los pares de tetillas que adivinaba bajo sus estrechas ropas se dejó llevar por la sacudida iniciada en sus muslos hasta terminar en un placentero escozor en la raíz de sus cabellos. Se tomó la coronilla y ya resuelta apagó el televisor, satisfecha, con deseos de arrancar las cortinas de su cuarto, ansiosa por recibir el sol y escuchar música a todo volumen; pero con ánimo y una idea clara de cómo pedir el permiso a papá, se metió bajo la ducha.

Mientras el agua la recorría empezó a hablar con Pedro Infante, midiendo el tono y pidiéndole el permiso para que Ismael la acompañara a casa y vieran dos películas con idilios o mensajes de esperanza. Le dio risa cuando se le ocurrió aprovechar el encuentro para preguntarle por qué tenía ese bigote de charro. Imaginó a Ismael con tijeritas frente al espejo puliendo su forma y cuadrando el gran sombrero. Mientras el jabón recorría su cuerpo blanco y lleno de espuma, tomó la ducha y jugó a amplificar

su voz con la sinfonía del agua golpeando la piel, el piso se transformaba en una gigantesca tarima hasta donde su audiencia embelesada pedía simultáneamente autógrafos, fotos y más canciones. Miró el agua saliendo por la boquilla de la ducha y pensó que eran los objetivos de tres cámaras, entonces con un cosquilleo de placer y soberbia, cerró la llave y salió del baño.

Dudó con cada prenda escogida. Al cabo de dos horas seleccionó un par de zapatos negros de hebilla. La falda, la blusa y los aretes, eran asuntos sin resolver haciendo crecer en su cama el bulto de ropa y accesorios. En medio de esta rigurosa inspección con medias y en ropa íntima vio el sofá. Lo midió con la mirada: tres metros. Así hiciera esfuerzos por evitarlo, sus codos, sus hombros, y sobre todo los olores estarían ahí *tocándose*.

Apenas se perfumó se vio en la cocina, libre de los bloques de arena que sentía en sus pies. La inmovilidad y el sudor caliente fueron transformados por la necesidad de oler rosas y ser parte de un coro. Radiante, asomó su cara por entre el marco de la ventana abierta queriendo tragarse la tarde con sus ojos sin rimel y su boca sonriente de color rubí brillante y suave.

Al intentar atarse la toalla, erró en la búsqueda de los extremos. Se vio tersa, con los poros despiertos y presintiendo su nueva sonrisa.

Pasó una hora contemplándose ante el espejo antes de ir a enfrentar a papá.

—¿Podemos hablar hoy, papi? —Se vio en la primera silla del *Cinema*, gritando como una espectadora ansiosa pidiendo a los demás silencio.

—Claro mi amor... ¡Guau! Casi no la conozco. Está muy bonita... ¿Qué pasó? Bueno, bueno, esta noche hablamos, mi nenita —La voz de papá salió del túnel en que ella la había colocado.

—Nada, nada papi, esta noche hablamos...te quiero mucho.

Descolgó el vestido de encaje morado. Sorprendida notó que le temblaban las manos. Contrariada buscó hilo y una aguja. Cuando logró ensartar el hilo después de varios intentos y uno que otro leve puyazo pensó en Ismael: desconocía su edad, de dónde era y sobre todo si iba a verla con agrado; pero lo sabía: Estaba lista para hablar con papá, y vencerlo.

—Ya sé que no nos ha ido bien y que a veces toca repetir pelis porque no alcanza la plata, pero...

—¡Adela, por Dios!... ¿Qué pasó, ah, hijita?

—Ah, me da pena y pues no...

—Adelita ya ya por lo menos siéntese... ¿Qué quiere?

—Júreme que no se va a poner bravo, y que, y que me va a decir que sí, ¿vale?

—Adela, caray, se maquilló, nenita y fuera de eso, venga acá. Sí, nuestra Adela se ha puesto un soberbio vestido de ocasión, y señoras y señores un aplauso a nuestra gran invitada: la señorita Adela, la mejor taquillera del mundo, representante directa de ¡*Cinema*aaa *Boyaca*aaa! Con ustedes, nuestra anfitriona. Lista, convencida de que su papá aceptará sus deseos... ¿Me equivoco, doña Adelita?

—Ay papá, ya ya.

—Bueno, bueno... ¿Qué, qué es?

—¿Puedo...me dejas traer un hombre a la casa, esta noche?

—...

—¡Jaa a! Un amigo...El del restaurante...de al lado, *El Cerdo Contento*.

—Adela.

—¡Gracias!

—No, no, un momento, no entiendo... ¿quieres que un hombre venga a la casa y qué?...

—Sí, sí, exacto. Déjeme invitar a Ismael, así lo conozco, vemos unas películas y...

—Ah, claro, pe lí cu las...ahí, en el sofá, solos...ven las películas y todo va muy bien, todos contentos.

—...

—¿Porqué le dio por esas, mijita?

—Bueno, creo que necesito conocerlo, me parece muy especial poder ver una peli de charros con alguien como él... no parece como los demás, creo... además, papito no le veo problema.

—No se trata de quién es. No le veo problema, tampoco, pero no sé, ¿acaso lo conoce ya como para que venga?

—Papito, no se hable más... ¿entonces está de acuerdo?

—...

—Si la cosa se pone aburridora y no estamos a gusto pues sólo nos vemos dos películas.

—Ay, ay Adelita.

—¡Qué lindo papito! Le prometo que no lo haré enojar. Gracias, gracias.

Adela se fue caminando hasta el fin de la sala, se diría que volando.

En el baño, con la puerta cerrada, gritó ante el espejo del baño. Pasaron más de veinte minutos hasta que inició los diálogos y renovó la revisión intensa de su cabellera y las poses en la pequeña pasarela armada en el estrecho baño. Lo había conseguido: una cita con un hombre, con Ismael, a quien no conocía.

Ismael llegó un minuto después de lo previsto. A la media hora que le tomó calmarse antes de su cita, el vuelo involuntario de manos y piernas, sumó las dudas sobre el vestido, su color, su caída y hasta sus pliegues. ¿Olía bien su boca, estaban bien pintados los labios, ese era el perfume adecuado? En esas preguntas con respuesta veloz sin derecho a error, gastó quince minutos. Después, se le fueron cinco minutos más entre miradas al reloj en forma de sombrero ancho que dominaba la sala y el brillo de sus zapatos de charol. Fue un relámpago, una imagen distorsionada, o quizá una mueca que la asustó, pero en el próximo segundo de su vida se halló de rodillas, sin importar si arrugaba el vestido, metida de bruces contra el fondo negro de su armario, haciendo volar, uno, dos, seis pares de zapatos: negros, dorados, de color plata, hasta que encontró unos de tacón pequeño, casi sin suela. Miró en un segundo su aspecto a contraluz, como esperando en una sala de cine, a que sus ojos toleraran las nuevas sombras, y vio la película: eran unos zapatos que le parecieron más adecuados para su encuentro con él. Así, iba a estar más relajada, no tan pendiente de los tacones altos que hasta ese momento la dominaban y con seguridad iban a hacerle caer en el primer paso que no supiera dar bien. Sintió que no iba a saber cómo actuar en caso de que él fuera de esos hombres acostumbrados a saludar de beso, así no haya confianza y sea la primera cita. Imaginó: si él la iba a besar ella estaría más cerca del piso sin sus tacones. Adela,

estaba en esos preparatorios, en esas miradas de veinte, treinta turnos sin descanso al espejo cuando vio el reloj: cinco minutos para la una de la tarde, de esa tarde de cine con Ismael. Una última revisión, un repaso general: el sofá, las cinco cintas, para escoger: Pedro Infante, *Santo*, *Tin Tan*...había variedad...una mirada, quizá ya a la una de la tarde, cuando el minuterero fuera avanzando para llegar al número doce y marcara la hora exacta de su punto más alto de intranquilidad, quiso ser La taquillera, la dueña de la salita de proyección donde dominaba el tiempo de la realidad de sus películas, bajando el botón de la luz para dejar todo en tinieblas, soltar el carrete y hacer contacto para que el punto caliente hiciera rodar la cinta: Tic tac: la una de la tarde, y él debería aparecer. Y ya iban a ser la una y un minuto y alcanzó a dejar pasar una línea con una pregunta: ¿se demorará...ah?; llegará por ahí en quince minutos, y cuando aflojaba su cuerpo, y hasta sus manos, hombros, pechos y nalgas, sonó el golpeador del portón.

Miró al espejo, se vio con una risa nerviosa y unos ojos más grandes de los que creía tener, y con su cuerpo danzarín, caminó hacia la puerta. Antes de llegar a la mitad del pasillo oscuro, oyó el diálogo. Su papá hablaba con él, ocultándolo de su vista con su espalda. Ella esperó, lista a apoyarse contra las paredes, quizá para no perder el equilibrio, tratando de no agachar la cabeza, aparecer serena.

Primero la mano de él buscó la suya, y cuando venían al encuentro como perdidas en un viaje loco, él la atrajo, buscando su mejilla. Ella esquivó a su pesar el envión y por poco le ofrece una oreja de arete dorado, bucle y crema de almendras.

El tablado crujío y en el bamboleo del piso ella fue danzando con la intención firme de no caerse, fuerte para evadir el mareo que la dejaba viendo lucecitas en su sala.

—Sígale, siéntese ahí nomás en el sofá y...¿qué?, ¿qué se toma, hombre?

—Ah, pues muchas gracias, Adela...¿qué hay? ¿Tequila?

—No, no, mi papá...

—No, no le hace, no me haga caso...

—Bueno, hay jugo, limonada...

—No, no, tranquila. ¿Sabe qué, le recibo un vaso de agua, está bien?

—Sí, si, póngase ahí no más ya le traigo el vasito y miramos qué pelis vamos a ver.

En la cocina, mientras abría la nevera y buscaba la jarra con el agua, pensó en cómo y en qué parte se iba a sentar, qué tema iba a tratar, o si iba a encender la máquina, y ya, sin dejar espacio para que hablando no llegaran las preguntas y sobre todo las miradas, donde justamente sentirse admirada era lo que más ansiaba. Refrescó su garganta y al percibir el descenso del agua por su garganta jugueteó pensando que Ismael era sólo ojos en un desfile de modas donde ella lucía un ajustado vestido rojo de seda. A él, le adivinaba la mirada fija en su talle, en los pliegues brillantes y en sus zapatos blancos de tacón alto. Cerró los ojos, para casi al instante, con un placer desacostumbrado, abrirlos con la idea de abarcarlo todo, como si fuera una visitante nueva en esa casa, que llegaba

muy al estilo de Chavela Vargas, reina del pueblo y de las miradas. Estaba lista para desmontar su caballo y despojarse del sombrero, retadora, como su heroína preferida, y por fin ver películas, acompañada.

Cuando regresó a la sala no lo encontró en el sofá. Apretó la bandeja y no pudo evitar la apertura de su boca sin disimulo mostrando algo de decepción y de nuevo nerviosismo. La intriga la alcanzó a tener hasta que lo encontró en el ángulo central que dividía la sala en dos espacios, junto al reloj.

—Es que, Adelita, está adelantado cinco minutos, ¿sabía?

—Ah, con razón.

—...

—Su agua, heladita para la sed y para que el horario no le haga perder el tiempo, ¿oyó?

—...

—Es que a mí me toca estar siempre pendiente del reloj...sí hombre, por lo del *Cinema* porque desde chiquita siempre tenía que cumplir con los horarios y si no usted sabe cómo se ponían, y eso me quedó de por vida, y uno va sufriendo por ahí porque la mayoría, son unos incumplidos, como si eso no fuera falta de respeto con los demás.

—¡Híjole! Pero si resultamos estrictas, mi *doña puntualidad*, caramba, qué cosas ¿no?

Rápidamente, como si estuviera en una nave interplanetaria, de las que veía en la tele, ella pasó con Ismael, de los tiempos de la escuela, de los sorbos lentos al vaso de agua, de la repetición de otro vaso, a las revisiones de vestidos y manos, ahí en el sofá, que se fue haciendo más estrecho para los dos, mientras las cintas seguían abandonadas en la mesita de centro, a la espera de un momento ideal donde los dos protagonistas de la noche comenzaran con su función estelar.

A la hora de la función él buscó su mano, que ella rápidamente escondió entre sus brazos cruzados. Mientras ella trataba de mirar con fijeza al receptor, él buscó su mirada, con insistencia, firme.

—Adela.

—...

El tomó el control, afinando la voz. Con la mano izquierda en cono, con uno o dos movimientos involuntarios de sus manos miró las de ella, que aún las escondía entre su regazo, con la mirada recelosa, el nerviosismo, algo evidente.

—Me gusta venir a verte. Si me toca ver una peli contigo y pasa más de media hora pos no quisiera dejar de agarrarte la mano, ¿me entiendes?

—...

—No, no. Quisiera que dijeras algo, saber tu opinión, ya sabes, es bueno que uno sepa cómo anda todo, ¿me entiendes?

—Ay, Ismael. Es que no se me había ocurrido esto, que pasáramos por estas, yo sólo quería que viéramos unas pelis...

—Mujer, no sé si es que puede que a estas alturas del partido, uno ya no sea tan inocente y se haga ideas fijas de la vida. ¿Sabes? Cuando me saliste con lo de venir a tu casa y pasar películas, pues yo ya estaba mirándote desde las veces, pocas lo sé, cuando

te daba por pasar cargada con las bolsas y nos criticabas: que el olor, que las mesas amontonadas, que los uniformes, y hasta el uso de la sal, y yo decía, será buenísimo invitarla a salir, ¿por qué no? y en esas andaba cuando me saliste al paso invitándome a tu casa, híjole, y aquí estamos...no me rechaces, dame tu mano, que me gusta tanto como tú, para besarla y no parar, ¿ah?

—Zdg sd...¡Perdón! Es que...no, no...ya vengo.

Salió corriendo invadida de temblores, de júbilo y en la cocina, otra vez en la cocina, no sabía si llorar o gritar a las paredes, al platero o a la puerta entornada por donde ansiaba apareciera él para abrazarla y hacerla cerrar los ojos o simplemente olvidar el frío. Tenía la mente atravesada por una enorme manta blanca que la cegaba para impedirle pensar con calma. Tan tan, tan, oyó el corazón en una danza sin ritmo, que se agolpaba en su cuello. De pronto, se sintió observada y buscó protección en el baño. Respiró con dificultad por entre el espacio de la ventana abierta que dejaba entrar cuchillos de aire filudo. La cerró veloz para no quedar con las marcas de esos puñales en la piel blanca y roja. Controló el llanto que presentía como una cascada fina liberando bienestar, y entonces se vio en *Tu estrella*, donde a mitad de esa película, Irma, huyendo de un esposo déspota, llega a un caserío. Allí, un trío de rancheros propaga la voz, maravillados por su belleza, ya un centenar de hombres deslumbrados, atentos y amorosos, rendidos ante su candidez y sonrisa, la eligen reina. Ella logra así olvidar su pasado de noches solitarias. Pensó que era como estar en *Cinema Boyacá* al final de una buena peli, cuando a punto de terminar la penumbra, ya en la sala se siente el gusto entre el público por la excelente función que acaban de ver, y se corre el telón donde ella protagonizó su inicio como objeto de interés: Ismael no solo quería su mano, si no que ella iba a su encuentro, en ese sofá, solo para dos.

Ahora Martín deja de caminar, de alejarse de la casa de Adela. Se paraliza como cuando siendo un niño fue herido en *Rayo de Luz* a los dos días de haber ingresado. Aferrando tan solo la ganzúa atrapada en su chaqueta olorosa a lluvia. En su camisa no hay sangre, tampoco en sus manos. Nadie se fija en él, cree. Decide regresar hasta la casa de Adela, hablar con ella ¿Se pregunta por qué sintió que tenía lesiones? ¿Verla abrazada por ese hombre es como si lo apuñalaran? Regresa corriendo sin esquivar charcos. A su lado izquierdo, imagina. Ríe Adela, señalándolo, diciéndole a la policía que el quemó *Cinema Boyacá*. Los investigadores descubrieron en su casa gasolina y estopa. Ahí, al lado derecho está el hombre que parece no esforzarse en correr. También lo señala. Martín no se detiene y ve la casa de Adela cerca. Ahora no es un niño, es él, decidido a golpear hasta que ella le abra. Corre. Ninguna sombra lo acompaña esta vez.

Llega a la casa, mira a todos lados y antes de golpear bota las ganzúas y mira otra vez en ese día el letrero: *Cerdo Contento*. —Con ganzúas no puedo tumbarlo, idiota. Golpea, esta vez, más fuerte, una vez más mientras hunde uno de sus zapatos en el piso de barro. Suelta una mueca de fastidio buscando caras en las aceras; pero nadie abre, y nadie, esos que pasan hablando tampoco lo miran; tampoco entiende de que hablan, que los hace reírse o sentirse tan seguros, hábiles para esquivar los numerosos charcos de las calles.

Aunque la ducha era corriente, Adela imaginó que el torrente caía desde una torre muy alta instalada en el baño para renovar su piel y darle a sus movimientos un aire de juventud. A trasluz, vio como los potentes chorros buscaban su piel poro a poro en un juego al que ella no se resistía. Solitaria en su rutina, después de media hora se sintió aún arropada por la tibieza de las manos de Ismael, convertido así en un par de horas atrás en el primer hombre capaz de romper el cerrojo de sus miedos. Ahora, que descubría el placer de la cercanía de otra piel, ya no se vio sola en su cuarto de baño: la manos de él iban por su espalda y detrás de las orejas, su lengua saboreando con fervor lo vivido ese día. Quiso que le pasara el jabón por el cuello, o la besara hasta remontar parques amarillos y caminos de algas. Cerró la ducha. Aunque seguía el malestar en sus caderas y muslos inspiró con placer el olor de su cuerpo. Y cuando pensaba en ir a buscarlo, creyó oír en la lejanía un toque agudo. Abrió más los ojos. Vio el grifo a su alcance, como siempre, y ya no figuró más que la llave estaba a cinco metros encima de su húmeda cabellera, pero pensó que sería buena terapia instalar una ducha donde cayera el agua desde una gran distancia. Apenas se puso la bata, le llegó nítido el sonido de dos toques en el portón. Dichosa se miró al espejo reacomodando los cabellos al tiempo que rauda atravesó el pasillo hacía la entrada de la casa. Al llegar a la puerta, esperó hasta regular su respiración, preparó una sonrisa y abrió de golpe.

Un viento cálido la recorrió cuando frente a ella encontró a un hombre desconocido con el puño listo para golpear la aldaba.

—¿Quién es? Se oyó decir con un tono de sorpresa y curiosidad, despojado de miedo.

—...

—Hola. ¿A quién necesita?

—¡Adela, qué chusca está!

—Eh...Disculpe... ¿A quién nece...?

—Adela, soy yo, Martín.

Ya no pudo sostener su mirada y trató de concentrarse en las uñas de sus dedos pulgares sin esmalte mientras llegaban los recuerdos de la cara del niño que había dejado de ver una tarde de hacia veinticinco años, pocos días después del incendio de *Cinema Boyacá*. Torpe, lenta, se respaldó en el borde de la puerta que acercó a su mejilla al tiempo que con un ligero temblor de manos intentó cerrar la puerta ¿Venía a rendir cuentas? ¿La iba a acusar? El pasillo se oscureció mientras miraba a la nada chocando contra la mano del hombre que le decía su nombre muy tranquilo, apenas resistiendo la presión que ella, pálida y débil ejercía sobre la hoja de metal. Él, avanzando un paso, cruzó su zapato entre la pared y la puerta sin dejar de mirarla.

Una nube pasaba justo encima de la casa enfriando levemente el sopor de las nueve de la mañana. Lamentó la ausencia de papá, viajero por una semana en pueblos de clima cálido. Y cuando al pasillo regresó su tenue luz tras el paso de la nube, de nuevo vio su mano aún inmóvil en una de las paredes. Oyó el rastrillar de los pies de Martín, ahí en el tapete de la entrada.

—¿Martín Rocha?... ¡Híjole, cuánto hace, hombre! —Soltó lo que primero se le ocurrió. Sabía que ante la falta de amparo, necesitaba tiempo, y no tenía mucho.

—Hola Martín...es que no estoy presentable, y mi papá no está y...

—Mire Adelita. A mí me gustaría volver a charlar horas y horas con usted... es que está hecha toda una hembra, digo un bombón... ejem...digo, no sea mala.

Ella creyó oír una risita, un sonido que no logró distinguir, mientras seguían en la entrada tratando de reconocerse. Calculó que tendría treinta y tres años ¿Por qué dijo —.hecha toda una hembra"? —Y Por qué el tonto éste se ríe y no deja de mirarme así?"

—Ay, Martín espere y ya me pongo un vestido —. Se sorprendió por esas palabras mientras veía como iba su bata color curaba entreabierta. Iba a cerrar la puerta y a correr hacia su cuarto, pero él, ágil, logró ingresar al pasillo, y recostarla contra la pared.

—¡Martín! ...No. Pero si es... *to da* una sorpresa...sí, sí —. Dos copos de rubor se habían posado en sus mejillas. Por un eterno lapso no vio nada hasta que sintió que él, sin soltarla, cerró el portón. Apenas terminaron de aclararse los contornos en el principio del zaguán, ella empezó sin disimulo a ver con minucia al hombre alto con un overol azul, bajo el cual, para su inquietud, no dejó de adivinar con brazos firmes y morenos. Se distrajo en la cabellera color castaño, los ojos negros y la boca en un gesto amplio sonriéndole mientras se acercaba más. Se mantuvo por más de un minuto

siguiendo apenas la conversación, pero tratando de fijar la cara del niño Martín en la del muchacho que ahora le hablaba, arrojándole al milímetro su aliento cálido, hasta que desistió y ya no pudo acomodar esos viejos rasgos en el nuevo rostro y sobre todo en el cuerpo que la cercaba.

—Oiga, cuánto tiempo. Siga, pásele, pásele no más, lógico, lógico,,, ¿Cuándo...?

—¿Salió?

—...

—Ah... a ver, a ver. Me dieron la libertad el 7 de octubre, hace cuatro días. Ah, miré: le traje este regalito.

—Ajá. Oiga, que detalle. —Aferró el paquete que le entregaba y curiosa enseguida lo abrió hasta comprobar que era un portarretrato de madera, con marco plateado. Por un momento se sintió desnuda, quizá desprotegida, pero creyó que se debía a la lejanía de Ismael, o a la ausencia de papá. Logró que él avanzara primero mientras salían del zaguán y llegaban al patio, rumbo a la sala. En el breve trayecto miró sus hombros y percibió su olor hasta creer que su agobio en forma de hocico husmeaba en todos sus movimientos, inutilizándola: ¡Ya llegaban a la sala y no sabía qué decirle o hacer!

—Siga. Siéntese Martín, como no. — Se fijó en la cortina de la calle y las ventanas cerradas y cuando iba a mirarlo, él ya había dejado de viajar por la sala, en su intento veloz de recobrar las imágenes de su niñez. El sofá, con forro nuevo y el tablado más brillante eran los dos cambios más notables, mientras reconoció el par de sombreros grises y negros de charros, envueltos en plásticos cubiertos de polvo, así como el mosaico de fotos donde se veía el Distrito Federal de Ciudad de Méjico, y una gran fotografía con marco dorado del matrimonio Quintero-Acuña. Al terminar su revisión, Adela, de repente, empezó a mirarlo con menos temor.

—¿Cuánto tiempo ¿no?

—Ay, Martín. Espere nomás le preparó un cafecito. Espéreme.

—Claro cucha... ay, no, no. Digo, sí, sí, yo la espero, Adelita, no tenga cuidado.

—Bueno, bueno, ya vengo. Oiga, sabe, ¿ya vio a Rita?, aún sigue conmi...

—Ah, sí ya la vi...

—¿Cómo?

—Ah, no, no quiero decir, que sí, que la oí cuando entramos... Vaya, vaya y tranquila yo busco a la Rita, tranquila.

Adela salió rápido, pero de nuevo se sintió sobresaltada cuando vio a Martín turbado por la pregunta a acerca de la lora; pero con afán, sin iniciar un interrogatorio, antes de ir a la cocina salió hacia su cuarto, cerrando con llave y verificando que la cerradura sellaba bien su puerta.

Hacía veinte años no se maquillaba, desde que una prima se puso a practicar con su piel y logró convencerla de las bondades del color en sus mejillas. Ahora, también para su desconcierto, sin mucha dificultad y con una desconocida habilidad, no sólo se aplicó polvos en la cara si no que se caló unos aretes y una diadema plateada.

¿Por qué se salió de *Rayo de Luz* sin avisar y no se cambió de ropa? ¿Por qué está ahora donde Adela?... ¿Por amor, o porque no conoce a nadie más?, o ¿Va hasta la casona por respuestas? No tiene idea. Se ríe desfigurando el rostro agrio con espasmos de hipo, una risa aprendida en los rincones de su celda con dos repisas y una cama de cemento. Ríe a escondidas, con el deseo de no compartir su gozo, no quiere que nadie le mire la cara, se la guarda.

Aquí estoy metido como si estuviera en una telaraña de esas grandotas, pchs; busco datillos, epa, quién sabe, ahora si la Adela me tiene que ayudar a decir quiénes son mis cuchos, quién carachos soy yo, y por qué nunca abrió la trompa para decir que yo ni por equivocación le metí candela a su teatro de mierda. A la cucha la conocí por cinco años y eso no fue suficiente. Y ahora, epa, se nota que tiene su corazoncito: hay que ver como se le iban los ojos mirándome, y eso me gusta. Soy poderoso, capaz. —Adela”, pronuncia su nombre. Se queda cortado y bastante sorprendido por el sonido de sus palabras. No está seguro de poder olvidar el contraste entre el recuerdo de unas horas atrás cuando vio parcialmente su cuerpo y el fulgor que ahora emana de su rostro. Se siente en un cruce de caminos con aguacero y sin sombrilla, Recuerda cuando al darle el portarretrato, fugaz, se entreabrió la bata color curuba.

¿Y por qué carajos le da por salir así de la nada al Martín ése, ah? ¿Y por qué me mira así... y cómo está hecho todo un hombre eh? Pero seguro viene a rendirme cuentas por su condena por el incendio ¿Qué hago? Y el majadero ése no se da cuenta caray que me quita tiempo para mi cita con *Santo*, ni más faltaba. Si le doy la cara, no sé qué decirle. Mejor me quedo acá viendo mi tele, dejándome llevar a gusto en estos viajes a pueblos con senderos divinos, y además puedo jugar a quedarme horas y horas en ese mundo... Bueno, le voy a pedir al *Enmascarado de Plata* que venga y me lleve a sus aventuras, lógico, no vaya a creer que no, ¿al Martín qué mosca le picó?, ¿cómo se atreve?, mirándome al revés, y ay, como se veía las uñas largas, nomás me faltaba eso. Ah, y *Santo*, no me voy a perder tu encuentro con *Blue Demon*, qué tal alguno entregue la máscara y yo no esté allí. Ya sé, voy a acabar de vestirme, me peino, sí, esta hebillita azul, este broche plateado, mis amuletos, mi alianza con *Santo* y *Blue Demon*, llamo a Ismael, le digo mira, quiero ver contigo la lucha de hoy y de paso si me acompañas, pues espantas visitas indeseadas, ¿vale? Ay...¿Qué? Ya, sí, sí, ya voy a salir, calma, no acose, espere.

—¡Adela!, ¡Adela!”, se oye el grito en toda la casa. Desacostumbrada a esa especie de vocinglería, se deja llevar por la parsimonia mientras imagina la voz de Martín

atravesando el patio y tomando el sonido de un enorme perro. Ve al animal olfateándola y retrasa más su salida, amparada en la luz del televisor. Al segundo, empieza a pasar con esmero el peine sobre su cabellera apenas húmeda. Aislada la bulla, busca bajo la cama. Se cala unos botines negros. De perfil, desnuda, se mira desde el cuello hasta sus caderas. Asoma una sonrisa. Admirada de su cuerpo y el tono de la piel se hunde hasta el fondo en el mar de sus vestidos atrapados en el armario. Mientras se cala una chaqueta negra de cuero sobre una blusa blanca no es consciente de cómo la escogió, a tientas en el armario estrecho y bajo, doblando los ganchos hasta dañarlos. Es su forma tosca de expresar rabia, aplicando a los maleables alambres una llave de lucha libre como las que ejercita *Santo*. Las pañoletas, las bufandas y dos gorros yacen dominados bajo su pisada. Viene el conteo, disfruta el poder, la gloria de vencer sin juez, sin encordado, los demás vestidos, retirados a lado y lado, son su público, una ovación para la vencedora, Adela en el cuadrilátero, por la máscara de Martín, buscando saber por qué el hombre aparece vestido con overol azul claro, como los del *Centro de Rehabilitación, Rayo de Luz*. Sale de su desconcierto: No es Martín, es *El Perro*, un nuevo luchador en pantalla, la tele bombardea en su sala: aparece un hombre con barriga de pera gigante, imagina su aliento de gato, ese olor a atún y trapo húmedo. Entonces como si recibiera un golpe seco, acusa el empujón de su certeza: allí en su patio no está el niño aquel, ahora hay un loco de overol, un presidiario. Ismael debe aparecer y sacarla victoriosa del ring, ilesa para seguir sumando victorias en su historial.

Escoge un jean blanco. Se mira de nuevo, sin hebillas, pulseras o anillos y con el cabello suelto frente al espejo, sonríe antes de darle un tirón a la cortina de su cuarto para enfrentar al visitante.

Martín está con la cabeza ladeada, mirando a la nada, con las piernas ligeramente hacia delante, con el dolor de las agujas de una artritis mal encarada. Las manos de plástico raído, en dirección al centro del patio, en busca de un rayo de luz que espejeaba sobre un charco atrapado cerca al bote de basura, cercano a la cocina. Adela, en la entrada de su cuarto mira los contornos del patio buscando lo que quisiera ocultar. Mira a Rita sin curiosidad y se concentra en los zapatos de Martín. Lo ve avanzar hacia ella, ladrando, pequeño frente a Ismael, su hombre enorme con el delantal de *El Cerdo Contento*, peinado, trayéndole rosas, ansioso por una cita. Ve a los dos, la mirada recia y el mutismo, dobla apuestas, predice llaves y trucos para dominar al indeseado. En la tele Ismael y Martín están listos para la lucha. La cámara los busca y el público aúlla. Informan por los altavoces a cuánto está pactado el combate y quienes son los jueces, celebra el récord de peleas de su luchador favorito y las máscaras obtenidas. Anuncian un especial sobre *Blue Demon* para la semana entrante, se maravilla con los bordes blancos de su máscara de tela azul. Lo mira sin capa, los músculos iguales a los de Ismael, la voz en su oído izquierdo, un silbido de metal, la protección de una capa

celeste. Mira a la otra esquina del cuadrilátero, las luces intensas y la chica de la pasarela con el cartón del patrocinador llevando un número uno, morado y verde donde dice round, una gatuna coqueta al pasar cerca de *Santo*. Lleva una pantaloneta dorada y medias veladas con un punto perdido justo donde se disimula una celulitis que las botas brillantes no ocultan. Sentado, en el patio, Martín sigue con los ojos fijos en sus zapatos sin cordón. Adela piensa que él es un luchador considerado por *Santo*, contrincante colado. ¡Listos!...en esta esquina... un pingüino se desgañita por el micrófono sin perder la conducción en su show de cámaras y saludos mientras la ovación crece y se disputan las últimas bancas, salen los baldes y ya se retiran las butacas y las batas. Adela, pegada a la primera cuerda, la separa y posa sus manos sobre el ring. La saliva rebota, es agua cristalina mezclándose con el sudor de los dos luchadores metidos en su campana de silencio. En su casa coliseo de lucha libre están *Blue Demon* y *Santo* contra un infiltrado, una aparición vestida de overol.

Adela lo mira y no puede evitar mordisquear la uña de su pulgar derecho. Cuando ya la piel pálida, arrugada no le suelta más tiras de pellejo se desconcentra y deja de rogar para que venga Ismael en busca de una victoria fácil. El hombre no deja de mirar hacia el suelo, pendiente de sus cordones. Entonces como un arbitro escoltado por la seguridad de su veredicto suelta su grito, guardado desde hace veinticinco años:

—¿Me quiere?!...¡cucha!...

—...

—¡Adela, querida!... ¿Por qué tanta demora? ¡Uepa! Pero miren esto. Si está hecha una reinita. Pchs, pero sabe qué, no me embolate el cafecito. Venga la acompaño mientras me lo prepara.

Ya no puede esquivarlo y mientras recoge agua en una olleta y busca dos tazas, enciende la estufa, tratando de no darle la espalda, sintiendo los dos alfileres de sus ojos clavados a su espalda, entretenido con sus piernas. Trata de concentrarse en el ruido apagado de los primeros hervores del agua tibia cuando oye su voz indagando por papá. Esquiva la pregunta:

—Mire. Es mejor que se vaya. No me siento cómoda sola con usted. Yo lo llamo otro día cuando papá esté aquí, ¿sí? Además tengo muchas cosas que...

—Veinticinco años, exactamente.

—¿Qué?

—Son los años que me perdí de verla, cucha... reina.

—Ah —. Pasan por su mente de mujer retraída varias secuencias.

—Mire Martín, sí hace un jurgo. Ahora viene y...Además, bueno... —Teme decir que esperaba a Ismael y el miedo por oír sus reclamos crece: —Soy inocente, Adela” Sacude la cabeza y apaga el fogón. Siente que sirve el café a un fantasma, cuidando apenas de no rebosar las tazas. El azúcar, los platos y la cucharillas, son parte de acciones

automáticas realizadas de memoria. Y mientras su mente viaja fuera de la cocina, recuerda el combate: Al pasar por el patio ve la pantalla de su cuarto. Comienza el primer round.

—Adela, podemos echarle pupila juntitos pero en la joda ésa del Dvd. Es que también le compré uno, cuchita preciosa. Lo tengo en la pensión. —Se incorpora sin notar como ella tiembla a cada movimiento suyo— Quiero verla contenta. Creo que los dos podemos pasarla bomba: trae unas empanaditas, un tequilazo con limón y sal y nos metemos en el sofá con severos parlantes y que gane el man más teso, pchs.

Da dos pasos hacia ella. Adela, muda abre la boca. La mira de lado, ve sus nalgas y siente latigazos, un empujón en su pecho, el deseo tomando forma en sus pensamientos y por fin la imagina desnuda saliendo del baño, las imágenes lentas por primera vez en su vida, danzan al lado de las que lo mostraban siempre llevándola del brazo, a gusto, no como oyente de sus charlas si no como su pareja, su mujer. Quiere pararse, pero sigue curioso viendo como el sol la busca y su cabellera se mece como él no recordaba. Comienza el combate. Golpean en el portón. Adela sale de la sombra pasando rauda frente a él para internarse en el embudo del pasillo. Él, confundido, al mirar de la marquesina a la oscuridad se marea y ya va a hablar, a lanzarse decidido a impedir que abra cuando los oye: es la voz del hombre, de Ismael, es la de Adela en pequeños gritos, sin dejar de abrazar a un hombre alto. Es Rita uniéndose a la algarabía de su dueña y a la del televisor. Martín mastica aire dos veces, caza moscas imaginarias con violencia, pateo bolsas y cierra los puños veloz, escupiendo en el desagüe y sin conseguir decir una sola frase, una maldición. Ha perdido práctica y sólo cuenta con una navaja en el bolsillo. Toca su punta cuando adivina a Ismael abrazado a Adela, listos para venir a su encuentro.

Ismael está sentando en medio de Adela y Martín. Un codo descansa sobre el brazo del sillón mientras Adela duda. No sabe si debe pararse, ir a la cocina y traer refrescos y galletitas. De nuevo el fantasma surge. Martín, como si nada, ingresa a su vida, sin anunciarse, sin ser bienvenido, para retrasar su dicha.

No, no; estoy perdiéndome la pelea *Santo contra los caballeros del círculo rojo* y además por qué éste aparece para hacerme preguntas: —¿Si sabía que era inocente por qué dejó que me echaran el guante? ¿Por qué usted no sabe nada de mamá, ah, Adela?”... y caray, le da la ventolera de llegar justo ahora, no, no es lógico —¿Y venirse con regalitos y apretarme así como así?—, uy, uy, sí *Santo* vuela, doble Nelson, gancho de derecha, hey esa no la había visto: patada en el vientre, ajá, después que fue, ¿ah?, sí, lo levanta y deja la cabeza hacia abajo, todo vertical y ¡zuas!, salta dejándolo caer...ah, es una variante del piledriver, uy, lo saca de la lona, se pone en las cuerdas y ¡zuas!, tijera a la cabeza, caen los dos, listo, conteo y nada, otra vez, lo levanta, lo deja caer sobre la rodilla, le oprime la panza, Martinetes, a caballo, Filomena, regio porque le da la patada de espaldas, ja.

Ismael saborea el refresco y mira sin disimulo a Martín que sigue con la mano en el bolsillo. Los tres se miran, la algarabía se toma la pantalla, Ismael planea una mirada fiera a Martín que se incorpora y habla a Adela:

—¿Podemos hablar sin éste?

—¿Qué?

—¿Usted no tiene fresco en el coco donde están mis cuchos, cierto? ¿Ni idea porqué se fueron? Oiga, Adelita, fíjese en mí, ¿sí?...

—Adela, qué pasa...oiga Martín, ella está viendo la pelea muy tranquilita ¿Podría esperar? —La voz de Ismael se pierde, mientras queda pendiente de la mano oculta.

El Martín nunca me pudo caer en gracia y menos ahora con esa formita de mirar a Adela. Me tiene hartito con ese estilito de hacerse el loco. No sólo debe estar armado sino que trama algo... ¿Estará drogado? Voy a aprovechar que está embobado con la pelea y le zampo su puño.

¿Y éste? ¿Será que el Ismael cree que porque tiene su tal restaurante *Cerdo Contento* al lado todos debemos bailarle a su ritmo. Osea está convencido de que por la plata baila uno. Este más bien es una pinta que por nada se hace golpear. Si se mueve más lo pateo para que no me joda con su ~~—~~muy interesado en el combate”, cuando haciéndose invitar a la casa de Adelita, disfrazado de Pedro Infante, posando de inocentón se la lleva a la cama, el muy cabrón... a mí que no me pinte ese peliculón porque le voy cuadrando la mandíbula y lo hago amanecer en cama de hospital, solo y apaleado, pendejo. Adela es mía y no se hable más. —Quieto, puto”, le voy, le voy a cantar la tabla: —No me joda *Ismael Cerdo Contento*, pchs”.

—Puede ir a su *restaurantico* o darme unas dos horas y ya, todos en paz: usted con Adela, y yo, míreme bien *carepuño*, teniendo respuestas, listico para irme otra vez a donde sea, lejos de esta *City*. Lo que quiero maestrico, entiéndame bien de una vez por todas, que le quede claro, es no joder ni que me jodan.

Saca del bolsillo la navaja con el filo listo, índice y pulgar, aferrados al acero, prologando el deleite de ver la cara de espanto del hombre, mientras Adela apenas se mueve. Ismael pálido, hundido más entre los dos codos del pequeño sofá va a hablar, pero le clava una mirada y con el índice frente a los labios le indica que se calle.

—No, no, pinta, ahora no es tiempo de elecciones para echar discursitos maricas. Ríe y perdido ve a Ismael sangrante y a Adela riendo. Con la mirada turbia de repente desinfla el globo donde se había suspendido, lejano del sofá, apunta la navaja hacia Ismael mientras toma a Adela por los hombros.

—No eres mamá. Ya sé. Y mi papá, ni idea. Adelita, piénsalo: estás hecha toda una mamacita y epa, yo quería verte como mi cucha. Y eso ya no se va a poder. Curioso ¿no?

El globo se estrella contra la pared. Desliza la navaja, más cercana hacia Ismael.

Con la cara resplandeciente por el reflejo del televisor encendido ve una estatua con las manos atadas, es Ismael; ve a Adela saliendo del baño, con un enorme peine dorado, entretenida ante un espejo empotrado, dispuesta a besarlo, invitándolo a abrazarla.

Sacude la cabeza y asegura más la navaja para disipar su temblor.

—Mire hombre sólo quiero charlar. No siempre puede uno encontrarse en una casa con gente tan educada. Vean: me voy con Adela al otro cuarto, pero primero, esperando que no le salgan arrugas a su pantalón y a su camisa almidonada, le voy a pedir a Adela un pereque:

—Adelita, átelo, por favor. Eso sí, muy bien para que no se nos vaya a escapar el tortolito saludador y abrazador en que se nos ha convertido éste, ¿sí?... Tranquilo viejo men: la cucha me cuenta lo que quiero y zafa jirafa me largo y claro no me vengan a sapiar, o si no ya saben, les daño la besuqueadera esa tan tenaz que se gastan y le caigo a *El Cerdo Contento* y va es desapareciendo del mapa toda esa bodega de carne maloliente con su grasita, tripas, mesas, sillas y estufas, sí señor; oiga mancito, a mí no se me arruga ni me aculillo ni cinco con esa vueltica, ¿Oyeron?

Se lleva a Adela, con una mano golosa sobre su cintura sintiendo al contacto como le arden los dedos y ella hace visible contracciones y pasos torpes al tiempo que achica la mirada y pierde el rumbo hacia la salida. Él, complacido, la debe guiar hasta la salida de la sala. Y cuando de repente se vuelve hacia Ismael inmovilizándolo más con la mirada, ella deja de resistir. Liviana, baja la mirada buscando una silla donde recostarse.

Martín los mira largo y como distraído. Revisa sin afán, dueño del ritmo de su propia respiración. Mientras trata de no quitar los ojos de Adela, recorre, con la punta de la navaja, el cable eléctrico con el cual ella le ha atado manos y pies. Coloca cerca su arma y con las dos manos aprieta el nudo del pañuelo alrededor de la boca. Después, de nuevo armado, con el puñal lo empuja hacia el espaldar del sofá, le da un golpecito en el pecho y le pasa tres veces el filo de la navaja por la garganta:

—Le repito Cupido: hablo con la cucha, me largo, y ya porque no vaya a creer que tengo todo el tiempo del mundo para hacer estas visitas a la *family*. Cualquier huevonada, listo, lo jodo. Y tranquilo mijo soy hombre de paz, fresco, ¿sí? Aguanta por un breve instante la respiración y aplicando una leve presión logra hacerle un corte bajo la barbilla perdiéndose luego en la lánguida salida de la sangre. Cuando cesa el goteo, mira a Adela que ha alcanzado a dejar escapar un grito que camufla mal entre las manos mientras Ismael mira al suelo. Él se fija en sus brazos, se diría que revisa cada poro, la

lengua, las cejas de su víctima inerte en el sofá. Se detiene a la espera de un sonido de alerta, algunas voces en la casa o en la calle, pero al no percibir nada, vuelve a la sala donde también queda como a la espera de una señal o un movimiento, pero allí complacido, se siente el controlador de todos los temblores. Y de nuevo, apenas dominando su mano, lleva la navaja a la garganta de Ismael:

—Polluelo santurrón, ¿y qué?... ¿Cuál es el plato hoy en su buffet *Cerdo Contento*? No olvide pinta: se mueve o intenta ser héroe de la patria o algo que se le parezca, y cambia el menú: —Ismael Frito, en su Salsa”... ja, ja jjaa.

Adela sigue sentada, con un ligero temblor, pasando de la fascinación por la pelea, a la incredulidad y la rabia. Cuando Martín apaga el televisor, ella cree que han pasado varias semanas, pero un agudo dolor de cabeza la lleva a enfrentar con debilidad la fría cara de Martín. Tiene ganas de llorar pero no brotan ni lágrimas y tampoco gemidos. No es capaz de creer que mirando a Ismael encontrará paz o seguridad. Nada. Allí, en la sala, a pesar de la cortina abierta, con la entrada de la luz solar, a ella le anoche a las tres de la tarde.

Siente que el frío no la deja moverse y no tiene fuerzas para unirse con *Santo* o pedirle consuelo a Pedro Infante.

Ya no puede evitar el abrazo de Martín que al llevarla a su cuarto, veloz, apaga el televisor mientras en dos movimientos, enfunda su navaja y después la atrae despacio cerrando sus brazos sobre la espalda, sin retirar su cabellera y jugando a perderse en sus cabellos olorosos a sándalo. Sin soltarla busca con su boca el cuello en una prolongada caricia que de repente, comprende, busca desde hace más de 25 años.

Como si temiera que despertara o abriera los ojos, la tiende en la cama, retrasando cada paso hasta quedar a su lado para verla encogida con los brazos sobre el pecho.

—Martín, a usted le encontraron estopa, pólvora y kerosene, no lo olvide.

—Cucha: ¿sabe qué? Si ahora me dieran dado una patada en el estómago no me dolería ni cinco la tripa; pero con esto que acaba de decirme me hace sentir como si yo fuera un idiota. No, no se equivoque. Los dos sabemos que usted, cucha querida soñaba con echarle candela a su teatrillo y así lo hizo y punto... ¿Ya se le olvidó o qué...? No crea, yo era un chino de ocho años, pero a mí no se me ha podido olvidar esas cosas que usted misma me confesaba. Recuerde que usted me contó que iba a provocar el incendio para cobrar el seguro y sacar al cucho de la quiebra; así que a otro perro con...

Adela, totalmente vuelta hacia él, en un gesto más de desesperación que de temor, le cierra los labios con los dedos fríos.

—No, no, Martín. Eso está bien. Ya sé, ya sé. Me acuerdo cuando le conté de mi deseo de hacer eso con el *Cinema*; pero calle ya. Le repito, a usted le encontraron esas cosas y por eso lo llevaron al centro de reclusión. Martín, la justicia...

—Ay, cucha, ya me harté. Usted no sólo quemó el teatro y cobró el seguro, echándome el guante a mí, sino que no sé que hizo y ahora mírese: se volvió toda una reina mientras yo me pudría en el calabozo; pero sabe qué, yo ya me curé. No tengo rencores. Sólo quiero...

—Martincito, calle, calle. Cierto, claro, con el cobro del seguro todos salimos ganando y mi papá pudo...

—Cucha, ~~todos~~ es un batallón. En esa fiesta yo no estuve de invitado y tampoco me puede colar. ¿Cómo se le ocurre creer que en el pozo, sin su mercé, y sin saber de mis cuchos, yotas estaba bien? No se equivoque, amorcito. Mire cucha. Más bien cuénteme de mis viejos y de una vez bote el cuentazo de cómo fue la vuelta del incendio, ¿sí?

El fuego empezó a las tres de la mañana cuando no había ni un alma en la sala, claro. Me temblaba todo y parecía un alma perdida, pero saque valentía no sé de donde y de pronto, envalentonada boté un cigarrillo en la tarima, cerca de las cortinas de cierre, y ya. Nada más. No fui capaz de rociar gasolina y tramar más cosas. Eso me daba pavor. Al rato, la candela creció y yo la miraba viendo como se consumía mi sueño, sabe, mi razón de ser :*Cinema Boyacá*. Esa noche me había visto una de Silvia Pinal y cantado hasta el cansancio, “*El Desterrado*”, de Jorge Negrete. Después *Cinema Boyacá* fue un horno, eso fue un siete de octubre, y nadie, ni lo bomberos pudieron hacer algo para evitarlo. Fue horrible como el telón se resistía pero esa armazón de madera y tubo cuando ya no aguantó cayó con un gran ruido y despertó a mi papá. Pobre, eso me partió el alma, su cara, y mi terrible secreto; pero yo sabía que quemándolo todo lograba el seguro y la plata para salir de todas esas deudas tan horribles que tenía mi papito, por Dios.

Enseguida, cuando iba a salir de su cuarto, fue sacudida por su padre, dominado por el pavor y la tristeza, pero aliviado por estar a salvo con su hija. En dos saltos estuvo en el teatro y ya iba a gritar pero su padre abrazándola y maldiciendo ahogó ese intento. A los diez minutos cuando llegó la primera máquina de los bomberos apenas contrariada

obedeció a medias la orden de salir de la casa. Las mangueras como enormes boas de la Guajira reptaron por entre los asientos y la alfombra gastada deslizándose hasta los pasillos para soltar su trueno de agua. Era tarde, con ímpetu las llamas consumían imponiendo su devastación. Las olas de calor no desviaron a Adela del cuarto de proyección, cercado y envuelto en una gigantesca ola amarilla.

Ella relató como de un momento a otro vio el hocico del fuego, esa gran boca de combustión a punto de engullir su salita de sueños con los sillones, el mesón y los dos proyectores. Iba a gritar, a correr, quizá a atravesarse pero la ola caliente la envolvió, le tosió en la cara y la calentó agresivamente. Cerró las manos y retiró su cuerpo tres metros, diez, hasta que un hombre de traje amarillo cortafuegos, sin soltar un hacha, la alzó y la sacó a la calle, dejándola aislada entre el cordón de seguridad, los curiosos y un par de bomberos que revisaban presión y pedían una máquina de refuerzo.

Adela alzó la vista y vio como era devastada la fachada y moría la enredadera de neón con su derroche de fantasía lumínica: no quedaba sino media letra C de la gran inicial de *Cinema*...abrió la boca, pero no pudo soltar un grito. Sólo hasta entonces lloró: un torrente frío y después caliente, grueso como testigo de esa aguja que sentía se clavaba en su alma de niña con los sueños despedazados.

El olor a trazo quemado, el ambiente pesado, caliente y la certeza del despojo ante el encuentro con ese hueco negro donde antes había un espectáculo cada día, permanecieron firmes en su vida por más de medio año. Cuando al fin las tejas y los armazones de la cubierta fueron retirados ella se atrevió a ingresar, eso sí, con su muñeca Lily, firmemente asida de su mano izquierda. Ese día se peinó con colitas, apaciguó su llanto un par de veces y se cercioró de que su padre no se enterara de sus andanzas.

Adentro vio rastros de pedernal, espejos, estantes quebrados y trozos de la dulcería que seguro por la combustión habían volado hacía el interior, hacia el centro del *Cinema* donde ahora estaba ella en un gran montículo de tierra en el punto donde antes había un pasillo y unas pequeñas escaleras para llevar a los espectadores al segundo nivel. Vio pequeños charcos y montañitas de hollín, cables enredados y tablones. Con pesar, resistiendo el ahogo, pausando la respiración y apenas audible su voz me dijo que en ese momento sintió como si una gran chispa la envolviera, pero pensó que todo ello era provocado por su terror y fobia, esa sensación de impotencia y soledad apenas incapacitada para transmitírselo a su muñeca Lily, cuando se enfrentó al muro, a la pared pelada, desierta sin la huella del telón.

Pesada, volviendo de la tarima hizo otra mirada, directa y firme hacia la salita de proyección. No se veía nada desde allí a pesar de la claridad que se formaba por la ausencia del cielo raso. Una débil luz para confundir las sombras y los espacios. Cuando llegó, y aquí su voz cambia, como si no fuera una mujer de treinta años, y apenas hiciera el relato a un niño, convertida quizá en una joven de veinte, rescatada ilesa de las llamas, recién venida de ese horror prefigurado en sus ojos con un brillo de enajenación. Entonces el tono es dulce y suave.

—Martín, Martín. Pasé y las paredes ya no tenían la pintura, ju. Y tampoco los carteles, pero estaban sus proyectores, su silla, no, no, sus dos sillas y el mesón, limpiecitos, sin tacha, sí. Y papá, cómo caminaba de noche por ahí, como un fantasma sobre el gran hueco en que se convirtió *Cinema*. Lo oí intentando abrir más compartimientos de la caja fuerte. También lo oí varias veces, fumando como loco, soltando débiles maldiciones. Y yo así, sin cinco, comencé un día a aficionarme a las historietas, y así también poco a poco mientras subí de peso, también carajo, Martín, luché para que no se me notara en la cara, la verdad: Solo al año por ahí, empezaron a espaciarse las visitas de los peritos del seguro y amigos de la familia, que hacían preguntas, pero nadie dudó y así se olvidaron de *Cinema*. Y yo, Martín, así no lo crea, pensaba que usted saldría en unas semanas, y ya, me iría entonces lejos de Santa Inés, a buscar otra salita, porque después de ese encierro me dieron ganas de ver qué pasaba con la gente y el mundo, queriendo no perder nada de lo que podía descubrir, Martín. Sabía que era posible vivir y dejar de hacer lo mismo siempre: ver películas, ilusionada con sueños ajenos.

Adela comprueba que hablándole puede distraerlo. Ha visto la expresión de su cara, sin cambios en su expresión cuando describió cómo incendió el teatro.

—Cucha. ¿Sabe? A mí ya se me curó el alma. Ya ni si quiera me interesa dónde están mis cuchos... no les perdono su ida sin dejar pistas. Óigame ricura, apenas la vi hoy supe que lo único que cuenta es usted, sólo usted, reina.

Adela es sorprendida por él que la atrae hasta su cara y le dice:

—Pare bien la oreja y oye una propuestica que le tengo armada...¿Qué dice, ah?

—Martín, no sé con qué locura me va a salir; pero entienda que me tiene un poco asustada... y además, pues prácticamente no lo conozco. Entienda: a sus papis no los conocí bien ¿Qué más quiere saber...? —. Al decir esto se había quedado con el sabor en la boca de guardar un secreto, convencida de no poder guardarlo por mucho tiempo. Estaba atontada por su cercanía.

—No, no, cucha, las preguntas las hago yo. Por ejemplo usted nunca se dio cuenta de por qué al principio cuando la conocí a mí me dejaron con usted ahí escuchando sus historias del cine, déle que déle. Y mientras usted era sólo oratoria, yo empecé a tomarle cariño a todo lo suyo, pero qué va, usted era cine y más cine ¿Sabe cucha?, después me encerraron y dígame ¿quién se preocupó si en las noches tenía frío o los domingos iba alguna pinta a visitarme? ¿Alguien se mosqueó? ¡Nadie! No hubo un alma para aclarar mi inocencia y poder así dejar de joderme allá en *Rayo de Luz*; mire el overol, y ¿pues qué? ¿Va uno a ponerse con maricadas? Lo que quiero es saber y ya, datos de misuchos... y bueno ya sé cómo le metió candela a *Cinema Boyacá*, y tranquis que yo no la voy a sapear. Ese es un secreto entre los dos. Pare las antenas: si usted siente algo en su corazón por yotas, simple, cariño, yo no chisto nada, pero nada a cambio de sus besos ricos...¿Qué dice, reinita, cucha, mía?

Adela se cruza de brazos, no recuerda ninguna canción de Pedro Infante y no puede sentir la compañía de Javier Solís, ni la fortaleza de Chavela Vargas. Los ojos de Martín están a un milímetro de su cara. Se alista a escupirlo, pero, inerme, llora.

—Cucha, no quiero que chille, fresca; más bien sea cariñosita, ¿vale?

No encuentra manera de rechazarlo, dominada por el quemón de dos llamaradas hirientes en sus muslos: quiere empujarlo, pero también desea que no se aleje.

—Su mamá y su papá se la pasaban a toda hora discutiendo y él iba y venía por los pueblos del Meta y Caquetá, creo que por Casanare, a veces. Martín, miré, por nada del mundo quiero que le pasé algo cruel a Ismael. Usted lo sabe, él no tiene nada que ver en este entierro. Déjelo en paz, hombre. Propongo una solución donde él pueda irse y...

—No, no, cucha, historietas de esas ya me las vi todas. Además, deje al man ése allá; tranquilita que no se le va a resfriar. ¿Sabe? Contando historias, se ve preciosa como toda una presentadora de la tele, reinita. Ándele, siga.

Apenas él termina, deja de sentir que la alaba. Mientras oía la voz de Martín se inquietó cuando le vio la cara más ida, más con la mirada enlagunada: “está sacando recuerdos de una alberca”, pensó.

—Adela, Adela quiérame así sea un poquito así como...—Martín se acuerda del abrazo, del cuerpo desnudo del hombre que la tenía en la cama. Se queda callado mirándola fijamente.

—No se mueva de aquí ya vengo — se aleja de espaldas, evitando enredarse en la cortina y se queda en el marco de la puerta con la boca abierta concentrando su mirada en el cuerpo de Adela —no me demoro, voy a ver cómo está el hombrecito. —Nomás piense en cómo quererme, ¿oyó? Sólo un poquito, nada más, eso no me hace nada de daño.

Martín se recuesta cerca a Ismael tratando de ignorar los pesados bultos de cemento que siente ha llevado hasta el sofá. Allí, mientras descansa y lo mira de lado sin abandonar su gestó burlón, no intenta quitarse de encima la cara que lo sigue: Adela serena mirándolo sin decir nada, apenas esquivando sus enlaces y besos desordenados.

—Qué, viejo. ¿Preocupado? No se sofoque de a mucho, que ahora vienen los business. ¿Comprende, o qué? Ya me le aparezco con la cucha y miramos como todos nos calmamos y hasta nos zampamos una pola o, quién quita, un vinillo ¿Qué dice?

Ismael guarda silencio. Ni siquiera abre la boca o se reacomoda en su sitio; pero aprieta las manos procurando no hacer visible su furia.

—Ah, déjese de niñadas y suélteme hombre...¿Acaso cree que así va a lograr que Adela lo quiera? Dése cuenta, así está es consiguiendo que ella lo...

—Hey, hey, los discursitos para el 20 de Julio, paisanito. Nomás cierre el pico y le hago mi propuesta; pero ahora, sin afanes.

Y antes de salir, esbozando una amplia mueca de agrado, encuentra en una mesita cerca de la puerta de la sala, la taza con el café que apenas probó. Lo recoge como si hubiera perdido un regalo largamente esperado, cuidando de ocultar su desagrado y sin esperar respuesta. Sale viéndose dominador del juego propuesto en casa de Adela, apenas disfrutando con el malestar y temor dibujados en el semblante de Ismael.

—Adelita, no se me duerma... o mejor, si le va a dar por chupar ojo, le sirvo de almohada y de paso sé de sus sueños, cucha. Y voy a tener paciencia. No quiero que se aburra conmigo o tire la toalla. Claro que si no está rendida, le boto mi propuestica, bien seria, para que le eche seso y me cuenta ¿quiere?

—Ajá; pero a Ismael no lo meta en el cuento. Suéltelo hombre, ¿sí?

—No, qué va, si el hombre es protagonista en esto. — Enseguida, mientras habla, saca del bolsillo de su chaqueta una hoja de periódico cuidadosamente doblada. La abre y señala una noticia que le lee en voz alta:

*Este jueves en Canal Centro, promoción de Película sobre vida de Pedro Infante*

## **Grandes estrellas en Premier de “ Museo de Cera”**

*Santa Inés– El próximo jueves en Canal Centro se darán cita lo más granado de la élite artística de México y Colombia para dar oficialmente comienzo a la promoción en nuestro país de la tan esperada película sobre la vida del ‘Ídolo del Pueblo’, el cantante mexicano Pedro Infante.*



*Museo de Cera, película sobre la vida del cantante mexicano, Pedro Infante.*

Este es el plan: como en cuatro días es la promoción de la película en ese canal de la tele, pues tenemos que ver cómo nos patiamos la...

—¡Sí!, ¡sí!, Martín ¡Uy, tengo que ir! —. Se había levantado en un solo movimiento como si fuera la contorsionista principal en su show, y ágil, soberana, consciente de su belleza, liberaba preguntas mientras sentía que su vida de nuevo, iba por el sendero donde encontraría a su ídolo de siempre.

—Ay, Martín, no voy a perderme eso por nada del mundo. Ya sé que no podía ir a México, pero si él viene, yo tengo que verlo...Ay, Martín, divino, ¡Uy! —. No alcanzó a dominar su júbilo y al acabar de incorporarse totalmente del lecho fue a parar a los brazos de Martín, que dichoso, la abrazó firme. Esta vez, ella, con la vista en el techo, sonreía. Martín comprendió que era el momento de dar el golpe:

—Adela, si le hace hueco a mi cariño en su corazón, suelto ya a su Ismael ¿Qué dice?

—¿Y eso es todo?...Bueno, sí, sí, yo estoy contigo ya; pero no le cuente lo de *Cinema Boyacá*, ¿vale?

—Cucha, soy una tumba si sus cariñitos son para mí.

—Martín, poco a poco. No sea tonto, ahora yo me siento muy, pero muy a gusto con usted. ¿Hecho?

Y mientras le decía esto se ahuecó entre sus hombros, cerrando los ojos, dispuesta a esperar como su voz le decía de más proyectos y sucesos inesperados, como si toda su vida no hubiera tenido tiempo de asistir a esos eventos admirados como a la distancia. Quizá por eso, pensó, se sintió ligera y deseada, el centro de atención, como hacia rato no lo recordaba, dispuesta a conseguir un lugar en el coctel de gala de '*Museo de Cera*'.

Pasan veinte minutos, mientras ella, relajada se ha abandonado al abrazo eterno de Martín. Al despertar, apoyada en la cabecera de la cama, acaricia la cabeza de Martín. Al rato, con un beso ligero, lo despierta y toma la taza con el café frío. Mira las paredes, su cama, no tiene claro el paso del tiempo. Se incorpora y va a la cocina. Al abrir la llave se queda apenas unos segundos mirando como se diluye el café en el sifón. En su mente hay dos cuadros: uno donde Pedro Infante la llama para que esté a su lado y otro donde Ismael la espera para iniciar un viaje de novios. Cuando cierra la llave se le atraviesa la cara de Martín dispuesto a abrazarla. Huyendo de esas visiones, sale presurosa para su cuarto buscando sus brazos.

—Ay, Martín. Debemos soltar a Ismael, hablarle, y ya. Seguro entenderá que sólo está usted en mi vida, ahora. Aclarado eso, salimos por ahí en una hora hacia el Canal Centro para ver cómo conseguimos boletas para entrar al coctel ése y...

—Listo, cucha, de acuerdo. Ponga atención: su mercé como ya está firme conmigo pues todo será fácilongo y ya. Al tal Ismael lo va convenciendo de que él nomás fue un pasatiempo...¿Cucha no se me vaya a alarmar. Yo ya me los visajíé a ustedes hace unas tres horas; ese caramelo que tenían en el cuarto. Llegué y cómo no me abría la puerta, entré con una ganzúa y me los pillé ahí todos en su salsa, pelaos, en su...

—No, no, ¿qué? Martín no, no. ¿Cómo así, me vio... ay, no —. Apenas dijo estas palabras se sintió recorrida por un fogonazo de vanidad: —Si me ha visto, y no dijo nada, y ahora me besa así, es que le gustó lo que vio, ¿no?” —. Dichosa, adopta una falsa actitud: finge trastorno y pena, deja resbalar una frase seca de reclamo:

—Martín, qué malo... No puede ser que me haya visto ahí desnuda y...

—Vea cucha, yo no sé quién será aquí el más malo. Si usted, que me dejó metido en el bote y ni se mosqueó, y poniendo cara de santa, cobró el seguro por *Cinema Boyacá*, y ya, trató de hacer borrón y cuenta nueva, o más bien, cree que el malo soy yo, cuando ahora libre, vengo y le amarro a su tal Ismael y a cambio le pido a su mercé comprensión... ¿Acaso, eso es peor que la vuelta de su incendio?, ¿ah, dígame, primor?

Ahora ella, appena él termina de hablar, trata de ignorar la sacudida que siente podría venir después de esas palabras. Sin embargo, a pesar de su zozobra, se abandona a sus abrazos, rendida a esa forma de hablarle cerquita, haciéndola sentirse deseada.

Cuando abre los ojos él ya se ha acercado más. La toma contra el armario, halando suavemente su cabellera y llenándola de besos en sus mejillas, nariz y cejas. Inútil, rendida, comprende que así, de paso, accediendo a su presión, salva a Ismael. Pero, entonces, nuevamente se siente poderosa, como una muñeca de plástico recibiendo aire.

El beso llega suave, torpe, pero dulce, infinito en su boca, amplia para no rechazarlo. Recostada en la cama, bajo él, cede, abriendo la boca en un quemante anhelo por prolongar esa sensación de lujuria y comodidad. Los besos, ahora arrebatados, la desarman; se siente arrastrada hacia un pasadizo donde las olas del mar golpean al final de una cueva inmensa. Se ve en un lecho marino de paredes cristalinas, con cola de sirena, los pechos al aire, y otra vez, en esa mañana de su vida, con el cabello húmedo, libre. Él, seguía allí, a su lado, con una

mirada que no había visto si no en las películas; un brillo, una paz que la conmovía y anulaba su voluntad. Quizá por eso, no sabe por qué, ansiosa, siente la necesidad de su abrazo. Comprueba que con él va a paso raudo, desconociendo todo. Ahora se da cuenta que mientras él le iba confesando sus aparentes necesidades de protección, ella en pleno delirio oía otro llamado: un grito pidiendo cobijo, pero también mimos nada exentos de lujuria y novedad.

—Tranquilo Ismael. Ya él me dijo que lo soltara. Y... pues, no hay problema. Vea, convencí a Martín que me esperara en el cuarto, mientras hablaba con usted. Tengo que decirle algo. Por favor no se vaya a enojar conmigo, ni a guardarme rencor, Ismael —. Mientras lo iba soltando, ella, no podía ocultar el temblor. Allá, en el cuarto, segura, había pactado con Martín la liberación del hombre que en ese momento la atravesaba con la mirada, una forma que no había visto antes.

—Nomás hay que ver lo nerviosa que está, Adela, para saber la clase de tipo que está allá. ¿Usted que se cree? Me suelta y me calmo. Ahora ese tipo va a saber quién soy y...

—Ismael, querido. Vea, hoy es de pronto el día más importante de mi vida. Ay, ya sabe. No quiero llevarme un mal recuerdo; además, él acaba de salir del Centro ese; y ya, le repito, por el bien de todos, hice un pacto con él. Escuche, por favor, Ismael, tranquilo, escuche —. Al acabar de hablar, su tono había adquirido el tono del ruego, y la mirada se había vuelto vidriosa, a punto del llanto.

—Adelita, tranquila. No me asuste, la veo mal, y tan contenta; tan bien que la habíamos pasado hoy... bueno, está bien. Me calmo y no lo pateo. ¿De que la convenció el perro ese?

—Híjole, no le diga así... Vea, siéntese. Usted no sabe nada; pero ya vengo y delante de él voy a hablar. Ismael —y mientras hablaba, había tomado sus brazos y los besaba con desesperación —

—, lo que voy a hacer es por el bien de todos; por favor no me guarde rencor. Mire, yo sí, no se lo voy a negar, a cambio de soltarlo a usted...

—Adela, ¿cómo así? O sea que, no me diga. ¿Seguimos en manos del idiota ese? ¡Es el colmo! ¿Qué le hizo ese tipo, qué le dio? No hay derecho. Mire Ade...

—Calle, calle. Ismael, no es lo que usted piensa. Él era un niño cuando todo pasó. Ahora no le voy a explicar ¿sí? Lo que le pido es que entienda: si usted hace algo, yo soy la pagana... además, le pido que entienda esto: yo estoy de acuerdo. Ya vengo y hablamos los tres. Si por favor, si lo solté es porque él aceptó, entienda. Ya vengo, espere.

Adela, en la poltrona, veía a Ismael y miraba a Martín. Iba y rebotaba su mirada de los ojos de uno a los ojos del otro, sin detenerse, hasta que Martín, divertido, en medio de carcajadas, empezó a hablar:

—Hombre, no me tenga tirria, pero yo no venía de un paseíto. Y tranquilo, ya está libre como el viento, y su mercé, está como su restaurante, *Contento*. ¿O no?

—Martín, Ismael, escuchen, bien. Tranquilos —. Se había levantado de la poltrona, y con las dos manos empujó suave a Martín para que se sentara en el sofá. Sólo por unos dos segundos, Ismael permaneció en el extremo del sofá. Sin poder disimular su furia, se levantó del sofá y se recostó contra el marco de la ventana, apartando la cortina, con lo que dejó entrar más luz a la sala. Martín, abriendo al extremo los brazos, a sus anchas en el sofá, levantó la voz:

—¡Cucha!, ¡el público la aclama!

Adela no quiere soltarse del brazo de Martín. Apenas han pasado dos horas desde que salieron del barrio y hacen fila en la sede del Canal Centro para ir al coctel de promoción de la vida de Pedro Infante. Martín durante el trayecto apenas ha articulado palabra. Ella, rebosante, colgada de su brazo, ha enumerado películas, ha recitado diálogos interminables de memoria. Y cuando él le ha preguntado por Chavela Vargas, o *Santo*, o *Blue Demón*, ella ha recibido la pregunta, pero como si esquivara un lance, se aparta del tema propuesto y vuelve todo su repertorio de recuerdo hacia Pedro Infante, al que aspira a conocer, a pedirle que se deje tomar varias fotos con ella.

—Cucha, pero Pedro Infante ya no está, ¿no? Él ya se...

—A ver, a ver, Martincito, de acuerdo, ya sé; pero no olvide que cuando lo veo en la tele y ahora que puedo tenerlo cerca, así sea por medio de un actor, para mí es como si fuera él, entienda: <<Él no ha m u e r t o>>. Cuando un ídolo es de multitudes como mi Pedrito, bien vale la pena estos conciertos, películas y... todo, todo vale, hombre. Él es mi protagonista, entienda... ay no. No quiero desilusionarme de usted, Martín. Estoy a su lado porque fue el único que llegó con el dato de la llegada de mi Pedrito, y... ¿Acaso le parece poco que estemos acá esperando pa ver si conseguimos boletas para entrar a ver el show esta semana? Imagine,

nomás el viernes viendo en directo, cerquítica todo eso que no dejo de soñar todos los días...!ay, ay!, ¡Jalisco, no te rajes!

—Sí, sí. Adelita, pero...bueno, ya no se me ponga sentimental. Visto así, Pedro Vive.

—Sabe, Martín, no se lo voy a negar...me alegra saber que Ismael aceptó y entendió porque hice lo del *Cinema*... ¿Sabe qué, ahora me gusta estar aquí con usted. Uy pillo, es que al principio fue terrible verlo metiendo miedo con esa navaja —. Esta vez en su voz había la combinación de una dicha liberada que por fin sale después de haber estado contenida por mucho tiempo. En su mirada se adivinaba el júbilo por la cercanía de cumplir por fin con su sueño de ver de cerca al ídolo de toda su vida, lo que era ahora equivalente a su viaje hasta México. Sin gastar el dinero que no tenía. Imaginó que incluso iba a tomarse un tequila con él. Decía: «<Sí señor, lógico, no vaya a creer que no, me tomaré muchas fotos de su visita a Santa Inés, y ahí aparezco yo ¡rico!.. Deje que nos tomemos una en su camerino, todo lleno de luces y ese mundo de cremas, trajes y... también quiero varias fotografías en su camerino. Y ¿sabe?, cuando esté al lado de la cabecera de su cama con cobertores rosados le pondré al lado un cuadro del Sagrado Corazón de Jesús, igualítico al que tenía en mi salita de proyección, para que mi Dios me lo proteja, y dejen de echar esos cuentos de su mala suerte en los viajes de avión, y toda esas falsedades>>. Ríe, mientras Martín recibe el halo de su aliento de mujer feliz, presa de sus anhelos aunque no sea capaz de ocultar sus nervios y evitar el sudor de sus manos inquietas que acarician su cara y piden un beso, dos.

—Adela, Adela, ya vamos a llegar a la recepción, quedan como doce personas en la fila, y ya, llegamos, para ver si conseguimos las entradas para el tal coctel de este viernes. ¿Sabe qué, mi cucha? Esto es como si estuviéramos yendo de luna de miel. Adelita ...déme un beso, así me da

suerte y la pasamos bomba, como si ahora esto fuera México. ¡Viva México lindo y querido!  
mua...oiga, déme otro beso, pero no me ponga a chupar mejilla, no, no, yo no quiero eso.

Llegan a la recepción donde en una pared con fondo blanco, hay un cartel grande: luce un Pedro infante sonriente, vestido de celeste y brillante, moño color marfil, con las piernas en ángulo abierto, al lado de un caballo alazán y azabache, de crin blanca, mientras él tuerce su sombrero de charro en una mano, saludando. Dos vigilantes y personal administrativo del Canal coordinan la atención al público. Están a cuatro metros de la casilla, pero ella apenas ve el cartelón se pasma; es como si allí frente a Pedro Infante ella pudiera saludarlo. Ella ya no es la mujer de larga cabellera y cejas tupidas que desea sólo un encuentro con su cantante preferido, unas fotos. Adela, ahora es una reina de pechos firmes y caderas amplias. Sonríe posando frente al hombre que no deja de mirar. Esa mirada no pasa desapercibida, ni para Martín, ni para los vigilantes del Canal. Avanzan dos metros y enfrentan al personal de la taquilla. Nada los puede convencer: sólo hay boletas para periodistas acreditados y un número limitado de invitados. Tal vez por su cara de desilusión, o la certeza de que no va a ser fácil deshacerse de ella, un vigilante le indica con un ademán que espere.

La espera se extiende por tres horas. El vigilante los cita en un café de la esquina. Al rato, al finalizar su turno, aparece un desconocido: es el vigilante, irreconocible sin el uniforme. El

hombre, cauteloso, les explica que un asistente le regaló la boleta para el coctel, pero él no va a ir. Martín y Adela le deslizan un par de billetes bajo la mesa.

A los veinte minutos, con el ticket en la mano, parece una diosa recién coronada. Al abrazar a Martín, por encima del hombro, da paso a un imagen fija: sobre una panorámica de ciudad de México, ocultando sus ojos con unas gafas de sol que dejan apenas visibles sus cejas, Adela aparece al lado de Pedro Infante con los brazos y boca abiertos, como en una canción eterna, hechizando a sus seguidores.

Adela salta entre los jardines, se abraza a Martín y se suelta enseguida. Hace pequeñas carreras, de portal en portal, agarrando el ticket como si fuera un boleto de lotería: Pase especial para la gala de presentación de *Museo de Cera*; exhibición para medios, 7:00 p.m.

Y una hora después entran a una cafetería al lado del Canal. Y mientras llegan sus tazas de té, miran a través del gran ventanal. Pasan raudos los autos, y una que otra persona huyendo de la llovizna que a esa hora de la noche empieza a hacerse notar. Ahora luce sin las gafas que Martín le ha quitado, acercándole el rostro. Ve cuando él le toma su barbilla con las dos manos y entreabre la boca, sonriendo. Ella afloja los hombros, va a cerrar los ojos cuando siente el beso, los labios secos de Martín, su aliento, una respiración entrecortada y su mano detrás de la nuca metiéndose entre los cabellos, el susurro:

—Adela, mi *ne na*.

La voz logra penetrar en su espalda, sacudirla, recorrer arriba primero hasta el cuello, bajar vertiginosa por su estómago, detenerse en sus muslos. Un nuevo beso consigue hacerla contraer las manos, avanzar hacia él, dejar de resistir la mano en la barbilla y su movimiento en la

cabellera. Ella responde con su lengua traviesa buscadora de la suya. Las dos tazas de té, se enfrían. Arrecia la lluvia.

Cierra los ojos, tímida. Deja escapar un apagado gemido. Al abrir los ojos, encuentra a una pareja de ancianos y a una muchacha con un bebé que no le pierden mirada.. Adela responde al fuerte abrazo de Martín como si se despidiera uniendo sus cuerpos, frotando intensamente sus piernas y vuelve a cerrar los ojos olvidando a su público.

El bebé llora, la chica pierde el tetero y primero ríe y después mira sin disimulo, sorprendida. Después hace un rodeo y se da cuenta que no es la única espectadora y entonces ríe de espaldas, negada a ver más para buscar sin convicción el biberón. Los ancianos suspenden la charla que tenían sobre el clima, los medicamentos, y no ocultan su malestar, muestran su cara de enojo.

Como si acabaran de encenderse las luces del escenario, Adela abre pesadamente los ojos, indiferente, aterrizando. Escapa al baño.

Híjole, qué rara me siento. Ya no tengo miedo pero uy, no, no yo no había sentido esto con nadie...bueno con Ismael, hay diosito santo, es verdad. Nomás que Martín logra consentirme de qué forma, uy. Y ya mismo siento que le doy entrada en la casa y no será necesario pedirle que baje uno de los sombreros de mariachi y me bese y jaa a, como esos sombreros tienen ala ancha pos nadie va a ver como le respondo a mi chamaco, ya verán, sí que sí, no te rajes. Ay, Martín, no te detengas, quiéreme mucho.

Justo cuando sale del baño ve a la mujer del bebé hablando con la pareja de ancianos, los ve con esa cara de satisfacción que solo había visto el día que se quemó *Cinema Boyacá*. No comprende por qué cuando pasa por momentos difíciles mientras ella sufre otros lo disfrutan. Ve a Martín rodeado por los tres guardias del Canal y dos policías.

—¿Señora, usted viene con él? — le pregunta un hombre de visera militar señalando a Martín.

—¿Sí. Qué pasa? —pregunta y es cuando ve como requisan a Martín.

—Señora, es por seguridad del Canal y de todos, mejor que él la espere por lo menos a una cuadra del Canal. No queremos ver gente por acá con navajas o juguetes de esa clase. ¿Entiende?

—...

Adela se queda en su círculo, ve a Pedro Infante llamándola, extendiendo la mano mientras canta en honor a ella. Se acerca y oye la canción:

Amorcito corazón,  
yo tengo tentación de un beso,  
que se prenda en el calor  
de nuestro gran amor, mi amooooor...

Pedro le dice esto mientras se pasa la mano por el cabello negro, sin abandonar la risa que tanto la maravilla...después se acerca, le canta cerca y se aleja...ella ve a Martín que vocifera mientras es obligado a retirarse. Pedro Infante le canta la letra de José Alfredo Jiménez:

...ella quiso quedarse  
cuando vio mi tristeza  
pero ya estaba escrito  
que aquella noche  
perdiera su amor...

Oye a Pedro Infante fundida su cara en la de Martín y de pronto fugaz en la de Ismael. Se pierde en el fondo de una botella. Está con un traje apuntando con un lazo claro, en una imagen a blanco y negro. Al fondo unos guitarrones, siete violines, ella sobre un convertible rojo, peinada con bucles, y vestido de dos piezas. Frente a frente, un ligero movimiento de las cabezas, él se quita el sombrero: —Me voy hasta sus ojos porque el Ídolo del pueblo es el novio ideal. Tan francote y luchón. Así me gusta ¡válgame la Virgen, Dios lo permita!”

Él la mira, encuentra su mohín, su expresión de recelo pero enseguida sube el tono:  
que respiro el aire que respiras tú...  
Entonces ella lo mira y por fin le sonríe.  
Amor de mis amores, sangre de mi alma...

Una hora después cuando va saliendo de la cafetería y va en busca de un cigarro y de Martín, ve a Ismael.

—¿Estás loca? —. Ojeroso y despeinado, se protege bajo un pequeño paraguas beige.

—Ismael, querido. Entiende, ahora no deseo aclarar nada y no te preocupes, algo pasó con él porque no lo veo por acá.

—Mira, Adela. Dime de una vez las cosas. No creo que estés pensando en irte con él. ¿Olvidaste que quemó el teatro y además nos sacó una navaja y me amarró, o sea me secuestró, mujer? ¿Me equivoco? Esta era la oportunidad de liberarnos de ese loco.

—Ismael, por favor. No te equivoques. Ya está bueno. —Adela inclina la cabeza, pero Ismael, conteniendo la rabia, apenas se queda esperando qué más va a decir ella, pensando en cómo responderle. De pronto, seguro, dice:

—No creo que lo vuelva a decir: Adela, cuando estuvimos en la cama, pienso que eso fue para siempre, que tú ibas a estar a mi lado, haciendo una nueva vida; pero aunque después lo pensé y tuve mis dudas, te quiero decir que no me da miedo luchar por ti. Así que tú decides: ¿Te vas a ir con ese tipo, o qué?

—...Sí —. Su “sí” salió como escapado de una diminuta burbuja, apenas audible.

—¿Cómo puedes hacer esto? Si apenas lo conoces ¿Entiendes lo qué haces?

—Sí, pero es que no lo había visto. Yo me puse de acuerdo con él para que te soltara, no lo olvides. Y... y, mira Ismael: eres tan importante en mi vida, que aún tengo temores, claro; pero en este momento, confundida y todo, creo que quiero estar con él. Es tan...

—Ay, no, no, Adela. ¿Cómo es posible? —. Cuando ve el rostro de Ismael, desencajado, su voz chillona al borde del ruego, confirma sus dudas. Siente que a Martín ya no lo puede imaginar clamando, indefenso por sus caricias. Y contra su voluntad, siente un cortante desprecio por el hombre al que ya no oye, mientras se aleja por entre los andenes en su busca, con el deseo de alejarse de aquellos ruegos.

Ay diosito ayúdame a entenderme, ¿Por qué de pronto me siento tan mala? No había querido otra vez mortificarme por lo que le hice a Martín cuando pude dejarlo salir del calabozo. No iba a dejar hundir a mi papá y cómo al niño ese le encontraron pólvora, y aunque se defendió y dijo que no había sido él y yo sabía que era cierto, no lo defendí, no ¿Quién iba a imaginar que él, después de contarle mis planes, los había tomado en serio, y por su cuenta compró pólvora para ayudarme a quemar *Cinema*. Me pareció muy lindo y pensé que como era un niño iba a salir pronto... ay, sí. lo olvidé. Y ya, nomás; ahora que lo veo hecho todo un hombre, y con esos besos tan ricos, pues la vida tiene sus cosas y una, su corazoncito. Caray. entre Martín y su empuje, así me dé miedo, y la parsimonia de Ismael y su restaurante, pos me atrevo por la irresponsabilidad de un hombre que ya no debe pagar ni un minuto más de penas.

Iba en un bus, pensando en Martín y en su ausencia. ¿Dónde estaría? ¿Qué se había hecho? Estaría esperándola cerca de la casa? Recordó que papá regresaría en dos días. Sumó también los días que faltaban para ir al coctel ¿Sería capaz de calmar a Ismael? Quizá, por eso, aferrando en su bolso la boleta para el coctel, a través de la ventanilla empolvada, mientras veía pasar calles, casas, postes y carros, escuchó:

Si te vienen a contar  
cositas malas de mí,  
manda a todos a volar  
y diles que yo no fui...

Cuando lleva más de diez minutos sentada en una de las sillas ubicada al fondo del salón, entre cámaras, cables y trípodes, planea acercarse más para estar al lado de la mesa central. A punto de llorar, decide salir del salón donde se realizará el evento, sintiéndose impotente. Comienza su diálogo, apoyada en una de las paredes cercanas a los camerinos:

<<Sí, sí Pedro mi amor, en la vida no sé como más quererte y si no fui a Mazatlán Sinaloa, prefiero verte aquí en Santa Inés, y ya lo sé, no te fuiste en Mérida y ahora puedo acercarme, saber por qué todos los días desde que te vi por primera vez no te he dejado de pensar y me guardé, fui, soy para ti porque con Ismael fue un resbalón, nomás, y como eres tan querendón, pos a mano, ¿no?, cariño mío. Ah y ahora que estoy pasando por estas ya no quiero estar sola ni me importa nada, apenas volar, alcanzarte porque aquí olvido y me voy, sorda, mintiendo por ti>>. Suspira, mira a su alrededor y sigue hablando, haciendo rebotar su aliento contra las paredes, en medio de la indiferencia de los guardas, con una fanática más, desvelada por su artista, fiel, aferrada a la fila, a las paredes, así el Ídolo no vaya a salir por ese camerino.

Pedro y Carmen Salamanca caminan por una acera prefabricada en el estudio cuatro del Canal Central, de Santa Inés. A pocos minutos del comienzo del coctel, Adela, cansada de esperar cerca de los camerinos, de nuevo busca sentarse en la cuarta fila donde cree ver un espacio.

Aún resuenan en sus oídos los gritos de producción que escuchó cuando inadvertida se coló en un estudio:

—¡No, no. Por Dios, concentraditos! ¡Muchachos, retomamos en... cinco...cuatro...tres...! —. El sonido seco retumbó entre dos portales de falsa mampostería, dándole una sensación de obra por hacer donde ella podría si la descubrían, ser la estrella principal.

Fue tan rápido que apenas si pudo expresar júbilo o domar los golpeteos de su corazón que manejaban su *tan tan* desbocadamente. Alzó la mirada y reparó extasiada que pasaban ante sus atónitos ojos los añorados letreros de Exit, Al Aire y los gritos de <<¡Silencio!, >>!, <<¡Acción!, ¡Corten!>>, en una seguidilla, que creyó que no le estaba sucediendo y por eso cerró los ojos, concentrada, para comprobar que era real: estaba dentro de un estudio de televisión, ida, en ese mundo donde se fabricaba lo que ella creía era real, verdadero. Se sentó en una grada pequeña y desde ahí se vio admitida, participando en una película con Pedro Infante, sí señora, ni más ni menos. Entonces recobrando el ánimo al no verlo se asustó y salió buscando el lugar donde era el coctel.

ticket 43



Mucho antes de este corte, quizá unas dos horas, Carmen Salamanca se había alisado el cabello con furia llevándose un buen manajo entre los dedos, corregido un pliegue de su estrecho vestido y después animada, hasta pidió a su asistente un esfuerzo con su peinadora auxiliar para que la volviera a retocar pero con más cuidado, afinado los detalles hasta el máximo esfuerzo mientras le lanzaba a Pedro, su adorado mariachi, desde el trailer a través de la ventana una mirada

frentera y fija. Sin perder detalle de los caminos por donde iban los cabellos, repartía toda su atención entre el espejo y lo que hacía su charro, el actor Pedro Náhuatl.

Ya en *Gitana tenías que ser*, dos décadas atrás, cuando ella era apenas una jovencita de diecisiete, no se le escabulló a un Pedro Infante inseguro, y ahora, más estable tampoco podía ser indiferente a los devaneos de quien como el refinado Náhuatl, encarnaba al cantante charro Infante en uno de sus siete personajes para esta película que apenas comenzaba a rodarse.

En el inmenso set Carmen Salamanca se dejó llevar, con suavidad primero, y después con algo de no disimulada ansiedad hasta un espacio en la pared previamente demarcado donde el encuadre fijaba poca luz y el plano de sus caras muy cerca con los alientos en roce.

Ella se concentró en sus labios con una mirada como si quisiera saber con detalle la forma de su dentadura, acercándose bajo su cuello, desobediente de las indicaciones del guión, dichosa por el desconcierto que podía sentir en su pareja.

Él debía besarla y ella cerrar los ojos y así serían una pareja muy dócil mientras la cámara se centraba sobre ellos y ya por edición habría un fundido a negro sin dejar pasar la intención del guión y del director, programando un movimiento de sus ojos, mirando ida, sin interés, el sombrero en el piso de tierra, las pistoleras descolgadas.

Pedro, sordo al aplauso, al grito sonoro: <<se imprime, queda, señores...una hora para almorzar>>, la tomó por el cabello, mantuvo sus manos en las dos trenzas y cuando terminó el beso y llegó la luz mientras se alejaba le miró las caderas, ladino y torpe. Después, se quitó la chaquetilla y perezoso avanzó en busca de su camerino.

Ahora esa misma secuencia, grabada especialmente en Santa Inés, como parte de la promoción con imágenes de calles de la ciudad, era revisada por el director y su asistente, con las miradas ansiosas del productor y escenógrafo que miraban caminando por la vera a Pedro Náhuatl y a

Carmen Salamanca en sus roles estelares encarnando a Pedro Infante, El Ídolo del Pueblo y a María Luisa, su primera esposa, en *Museo de Cera*. Entre tanto, Adela, excitada por los gritos en el estudio, regresó al salón, logrando colarse en la tercera fila, a dos metros de la mesa principal.

—Señora...

—Adela, Adela Quintero, me pusieron en Santa Inés, bautizada por la santa Iglesia, mi joven.

—Claro, claro. Ya hablé con don Pedro, Pedro Náhuatl, la persona más parecida en todo este mundo a Pedro Infante, para que pos le dé el gusto de complacerla con la foto, como usted quiere, pero eso será muy rápido. Verá usted, es que precisamente lanzamos este piloto para un grupo de allegados y allí, al final, los actores tendrán una sesión con representantes de los teatros y de los medios. Ahí, usted entre ellos, aprovecha, y ya, ¿Conforme?

—Mire joven. Yo me vine desde la casa, sabe usted, y pos no he pegado el ojo, además que de la emoción que me producen toditas las figuras del cine mexicano y en especial, pos ni modo, mi Pedro, lógico, lógico, y órale, sigo y seguiré sin dormir, con tal de conocer a Pedro Infante, no vaya a creer que no.

El productor Enrique Rodríguez le iba a aclarar alarmado ya por la notoria alusión a un Ídolo ya fallecido, pero un pesado camión de utilería, ahogó su intención. Y ella, tomando un aire mientras él esbozaba una media sonrisa, atacó de nuevo:

—Hay Pedrito, viva Sinaloa. Ay don Enrique no se me quede mirando así...eso, mejor ríase... Vaya a saber una como Pedro hace que le salga siempre el sonrisal y todo, ¿no?

—No descuide mi doña pos que me complace mucho esa dedicación por nuestra memoria que es puro pueblo.

—Ya le dije, ya le dije, paisano no vaya a creer que no aquí donde usted me ve no me pierdo una de Pedro y menos esta, qué suerte venir cuando él la iba a hacer.

—Claro qué suerte que don Pedro se tome una foto con usted para que pos pueda presumir así no sea cierto, que estuvo en el sur del Distrito Federal con actores de primerísimo nivel, talla mundial y hasta en este gran proyecto, ¿no?

—Claro, clarito, quien quita: él me ve y me propone que lo siga en otras de sus películas o por qué no, en sus giras y ahí sí salgo en los carteles, no veo porque no, en diferente fotos, ojalá también en blanco y negro como a la antigua y...sí, sí ya, bueno, bueno, ya me siento por aquí, no vaya y me quiten el asiento, además, estoy rendida y de los nervios, pos ni me puedo estar de pie, tanto tiempo, hombre; ustedes disculpen.

—Bien, muchas gracias a todos por acompañarnos ...y ahora pos los invitamos a un coctelito si son tan amables, pásele, pásele.

Adela avanzó, esta vez más decidida y acosó a dos meseros, logrando tomar cuatro tragos de tequila, en menos de dos minutos.

Concentrada en el cuello del hombre que tenía enfrente, le habló, revisando la textura, las caídas y el corte de su chaqueta, deteniéndose en su bigote:

—Mire, yo...yo —torpe, se tragó la idea buscando apoyo en el espaldar de un asiento cercano que sintió hundido en un abismo de silencio y burlas. El piso subió, las palabras estallaron y se vio sola con la lengua pegada, inerte en la boca abierta.

<<Pedro, Pedro>>, retumbaba ese nombre en su boca que se negaba a dejar salir su voz. Delante de las cámaras que en ese momento se cuadraban para una improvisada sesión de declaraciones, ella avanzó sonámbula, con los labios secos. Tenía enfrente al hombre que seguía llamando por su primer nombre, pero no podía hacerse notar ni hacer oír, sintiéndose al borde de una piscina sin agua y sin flotador. Quería que la despojaran rápido de las cuerdas que sentía rodeaban su cabeza hasta debajo de la mandíbula. De pronto por indicación de un asistente de la producción, el hombre giró y encontró su mirada. Ella sólo vio cuando se movió medio metro,

aún sonriente, y ella sintió que era levantada del agua. <<Pero, cómo...si es Pedrito...¡Pedro Infante! Por Dios, ayúdame...lo tengo enfrente: ya sabía yo. Este es Pedro Infante, como no>>.

Pensó lo que iba a decirle: <<Toda mi vida he soñado...>> —pero no le salió esta línea. —  
<<Quiero... me tomarme...con usted... una foto>>.

Le dolió la cara, pensó que se iba a astillar la dentadura por el forcejeo para dominar su mandíbula obstinada en permanecer cerrada y cuando lo logró quedó muda y atornillada a la mullida alfombra del salón. Quizá sin flotador, pero al lado de su cantante, en el centro de su piscina con olas inmensas que la lanzaban a los brazos de él... ¡Socorro!

—Señora, don Pedro...acomódese aquí y ahí le va la foto.

El fotógrafo debió empujarla, decirle como a un maniquí dotado de algunos movimientos donde ubicarse. Después, cuando iba a preguntar cómo obtener la foto, de nuevo volvió a quedar en su isla, sola. Pero desde allí como a través de una ola lo vio, distante unos dos grupos de hombros, de bandejas y vasos, risas y tramos de alfombra marrón. Todo le daba vuelta cuando sintió que era elevada, receptora del premio esperado.

...ya no estoy más a tu lado corazón...

en el alma solo tengo soledad

y si ya no puedo verte

porque Dios me hizo quererte para hacerme sufrir más...

Nooo, ¡No! Lo oigo, lo veo y no me lo creo. ¿Cómo es posible, por Dios? Dime que no es cierto esto. Ay padrecito no me dejes llorar. Ay, que dolor. No estoy loca, como que me llamo Adela Quintero para poder soportar esta decepción. Diosito, ayúdame.

Un resorte gigante la impulsó: la rabia, la certeza de sentirse engañada, la misma fuerza que la vio tomando a aquel hombre por las solapas, imitando lo que tantas veces había visto en las películas pero que muy a su pesar era mentira:

—Usted es un pajarraco con voz de gorrión y se raja y no llega ni a las pantorrillas de mi Pedrito carajo. Su cara no es ni parecida. Y la voz, no, que mal. ¡Hey! Él si tenía voz de León, no como éste, estúpidos. Éste es un farsante.

Dos mujeres histéricas y un hombre de seguridad debieron zafarla de la chaqueta de Pedro Náhuatl, que apenas reaccionó ante la desesperación y gritos de aquella mujer.

Zarandeada, llevada a empujones aún Adela, con su cara roja seguía tomando valor para hacerse oír y atraer la atención:

—Alguien como usted que cante así pos no es Pedro Infante porque ya lo dije y se lo repito a don Enrique Rodríguez, *el único, el ídolo vivirá para siempre*.

Su retiro fue ligero, torpe, y tomó a varios como si saliera de un cataclismo, dejándolos desarmados, con las copas a medio camino, incluso despistó a los de las cámaras que estaban en otro encuadre, lejos de los trípodes, sin los hombros ansiosos, hábiles y despiertos.

En plena calle, Adela era apaleada por la realidad a la que tanto tiempo se resistió: rápidamente pensó en el amor, atormentada con sus certezas: no sólo Martín no podía ser su amante y tampoco Ismael iría a llenar sus curiosidades del amor.

Ay, que feo es esto. Ay, el Ismael sólo iba a estar conmigo por su interés en quitarme la virginidad, claro que más podrá ser ese tan repentino interés por mí, ni que yo fuera Lupita Torrentera, Irma Dorantes o María Luisa León, ay, tonta y llena de ilusiones de venir a estas alturas de la vida a remplazar mis amores verdaderos por estos fantasmas de carne y hueso que ni

si quiera pueden recitar un parlamento de memoria como lo hace con lujo, él, el único y verdadero.

Apenas se vio en la calle sintió deseos de salir corriendo, no detenerse, oculta, consciente de saber que a pesar de sus certezas no iba a dejar que Martín o Ismael tuvieran derechos sobre su lozanía o amargura. A dos cuadras del canal, frente a la panadería donde creía haber estado en la dicha por los besos de Martín, aguantando el llanto, apenas se sobrepone cuando lo ve.

—Mujer, no podía andar sin identificación... por eso me fui; ya tengo cédula y pue...

—¡Mentiroso!... Ese no era Pedro Infante.

—¡Pues claro que no! Te advertí que...

—Ah, ¿sí? Ahora me vas a decir eso... ¡Falso! ¿Sabes? Todos me llenaron de mentiras. Quiero estar sola, no te aparezcas por la casa, por favor. Adiós. No insistas.

Él se había quedado mirándola y ella no anheló que fuera detrás suyo. Impediría que Ismael o Martín lograran convencerla para seguir con ellos. Conseguida la distancia, y derrotados en sus argumentos para reconquistarla iba a necesitar una fuente de ingresos porque no iba a dejar de alquilar películas y entonces a sus anchas en su cuarto de las proyecciones del viejo *Cinema Boyacá* estaría firme para permanecer incondicional al único hombre que no estaba muerto, al que lo sabía, si era capaz de conmoverla y darle su amor sin remilgos o condiciones, al hombre que desde que lo vio por primera vez, no podría nunca más olvidar y ocuparía desde entonces y por siempre, un lugar en su corazón, el Pedro Infante real, el de las películas.

---

Sunset Heights, Aug 2008/Jan 2011

## VITA

Hugo Montero, de madre barranquillera, nació en Bogotá y vivió parte de sus primeros años en Barranquilla, en el Caribe colombiano. Terminó su carrera de periodismo en la Universidad Central. Alternó su pasó por varios talleres de Literatura, su época de freelance para medios impresos, con su trabajo por doce años en el Diario El Tiempo y el noticiero de televisión, Caracol Noticias.

En 2008 inició su Maestría bilingüe en el programa bilingüe de Creative Writing de la Universidad de Texas en El Paso. Allí trabajó en la Revista de Literatura Mexicana Contemporánea y dictó clases de Español para el Department of Languages and Linguistics. Narrativa suya ha sido publicada en la Revista Rio Grande Review, de El Paso, y en otros medios de Colombia, así como varios cuentos suyos han resultado ganadores o han sido finalistas en concursos nacionales de Colombia y el exterior.

Actualmente trabaja en la redacción de su tercera novela, así como revisa dos libros inéditos de cuentos.

Esta tesis fue mecanografiada por Hugo Montero.